

La Ilustración Artística

Año XXXI

BARCELONA 5 DE AGOSTO DE 1912

Núm. 1.597

OBRAS NOTABLES DE LA ESCULTURA MODERNA



SORPRENDIDA, escultura de Julio Dalou

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *El jueves de la abuelita*, cuento de Matilde Alanic. — *Londres. Reproducción de un torneo del tiempo de la reina Isabel*. — *París. Mitin de canoas automóbiles*. — *Saint-Cyr. Inauguración del Museo de los Recuerdos*. — *París. El príncipe de Gales*. — *Japón. Fallecimiento del emperador Mutsu-Hito y proclamación de Yoshi-Hito*. — *Barcelona. En la Casa de América*. — *París. La carrera ciclista de «La Vuelta a Francia»*. — *El caid El Checha*. — *Epernay. Incendio de la casa Mercier*. — *Matrimonio secreto* (novela ilustrada; continuación). — *San Sebastián. El nuevo Teatro Victoria Eugenia*. — *Valencia. Los Juegos Florales de «Lo Rat Penat»*.
Grabados.—*Sorprendida*, escultura de J. Dalou. — Dibujo de Tamburini, ilustración al cuento *El jueves de la abuelita*. — *Segador normando*, cuadro de A. Fabrès. — *Londres. Reproducción de un torneo* (lámina). — *Notas de París y Saint-Cyr*. — *El emperador del Japón Mutsu Hito*. — *El príncipe heredero Yoshi Hito*. — *Inspiración*, tapiz pintado por A. Bulbena. — *Virginia*, cuadro de A. Alciati. — *En los Alpes*, cuadro de H. Titto. — *La comida del gondolero*, cuadro de A. Milesi. — *Ante el espejo*, cuadro de J. Giani. — *Notas de Barcelona, París y Epernay*. — *El caid El Checha*. — *El nuevo Teatro Victoria Eugenia*. — *Valencia. Juegos Florales*. — *Roncesvalles. Sepulcro del rey D. Sancho*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿De qué cosa más grata pudiéramos hablar que de flores?

Notad la importancia que las flores han adquirido en la vida moderna. Los que todavía no somos decrepitos, recordamos, sin embargo, tiempos en que las fiestas se celebraban sin decorado de plantas, sin acompañamiento de flores. El desarrollo de tan encantadora industria ha venido a dar una nota estética en todas las solemnidades, hasta las más oficiales y secatonas. Las palmeras, las musas, los arums, han traído un soplo fresco y una alegría primaverales a los fastidiosos y empolvados Ministerios, el día en que se visten de gala.

Las flores, como la limpieza, son un gran lujo. No falta quien diga que con un poco de agua y jabón se resuelve el problema del aseo. Es error: pocas cosas cuestan más caro que andar limpio. En cuanto a adornar sus habitaciones con flores (excepto si se posee un jardín, lo cual tampoco es barato) todos confesarán que puede llamarse un renglón.

Esas opulentas canastillas que majestuosamente atraviesan los escenarios las noches de beneficio de las actrices o las de su despedida, valen un capital. La flor, ha dicho no sé quién, es la más cara de las verduras y hortalizas. Con lo que cuesta la flor, ¡qué magníficas cebollas y qué gordos tomates se pueden adquirir!

La idea parece de un vegetariano convencido; de uno de esos vegetarianos que llegan al proselitismo, que se reúnen en fraternales banquetes, una vez al mes, y que, no desconociendo los méritos de una rosa, prefieren una calabaza comestible.

* *

Yo encuentro muy simpático todo lo vegetal. Hay realmente algo de cruel en alimentarse de carnes muertas. Entre esta consideración y las enseñanzas de los médicos, que achacan a las viandas el desarrollo del artrismo, natural parecería que bajasen; pero es el caso que no bajan. Al contrario. En Madrid se habló de rebajarlas, pero se me figura que la innovación quedó en proyecto.

Con los vegetales se pueden componer listas de comidas muy variadas. Acabo de adquirir el libro titulado *Cocina Vegetariana*, y da idea del sinnúmero de manjares que brinda este reino de la naturaleza.

No hay que decir si el arroz se presta a combinaciones, aunque debo declarar que algunas de las más sabrosas exigen la infracción de los preceptos del vegetarianismo, y la adición del tierno pollo o de la apetitosa almeja. Verdad que en igual caso están los guisantes y el tomate, y tantas otras hortalizas que suelen emplearse como accesorias, siendo el personaje principal un pollo inocente o una ternera blanca sin malicia, cuando no una magra de jamón tersa y sin rancio.

Prescindiendo de tales aditamentos, puede sin embargo ser excelente la cocina vegetariana. En el vegetarianismo hay algo de ascético y algo de idílico; se diría que quien lo practica es más moral y puro que quien se mantiene de carnes rojas.

Así, se comprende que uno de los vegetarianos más ilustres, y activo propagandista hasta en novelas, Gleizós, adoptase el sistema después de haber visto con horror las degollinas de Septiembre y las hornadas de guillotinos de la Revolución francesa; y que otros sabios lo practiquen como remedio a las enfermedades producidas por excesos de trabajo y de nutrición. No cabe duda que el hombre

primitivo devoraba carne, cuando lograba procurársela; pero en la existencia moderna, llena de fatigas nerviosas, con comidas abundantes y tal vez no bastante espaciadas, el vivir de vegetales será muy racional y sano, y hasta más conforme con nuestras ideas de compasión hacia los animales todos.

* *

El vegetarianismo fué — antes de ser sistema higiénico — doctrina religiosa, y muchos pueblos, guiados por legisladores como Moisés y Sakia Muni, dividieron los manjares en puros e impuros. Hoy es un método apoyado en infinidad de argumentos científicos y medicinales. Si se me pregunta mi opinión acerca del vegetarianismo, diré que soy partidaria de él, pero sin exclusivismos pueriles, admitiendo los demás alimentos, moderadamente y a ratos.

La carne sangrienta me ha repugnado siempre, y los despojos de animales de matadero no me hacen gracia ninguna, en general. Hígados, riñones, bofes, corazón, mollejas, morro, lengua, me causan una especie de antipatía nerviosa. El carnero, el buey, no me atraen. La ternera blanca, la tolero.

Pero los vegetales, no cabe duda, despiertan ideas más dulces, sensaciones menos bárbaras que las carnes. Se cree verlos en el huerto, bañados de rocío, lozanos, y hasta muy bonitos en su forma. Recuerdo que el gran novelista Galdós, enseñándome una mata de col rizada, en su huerto de Santander, me dijo que no la encontraba menos bella que las flores. Y, en efecto, hay hortalizas lindísimas. La brocolera; la coliflor; el perejil enano; las matas de habas; el pimiento pequeño; el morrón rojo, que es una bola de púrpura; el mismo espárrago, placen a la vista tanto como al gusto. La patata, generalmente, es zafia y lleva un traje pardo muy pobre; sin embargo existen variedades de mejor pelo. De la hermosura de las frutas, nadie dudará. Las uvas aterciopeladas, los melocotones de oro tostado y con ráfagas de carmín, las pavías entre verdes y nacaradas, las fresas de brasa, las elegantes frambuesas, las grosellas desgranando sus sargas coralinas, la sandía toda helada por dentro en su carne de rubí, encantan los ojos. Y no quiero olvidarme de la granada, encendida y espléndida.

Por todos estos atractivos de la fruta y la hortaliza reconozco que los vegetarianos llevan una gran parte de razón, y su propaganda es conveniente, y debemos lamentar que, en España, no esté más extendida, no sea más activa, aunque ya ha empezado a tomar vuelo. Insisto, sin embargo, en que el vegetarianismo que yo predicaría, es muy atenuado. Solicito indulgencia para los pollitos con guisantes y el lenguado con salsa blanca. Lo menos defendible es el *roastsbeef* y el *beefsteack*, el hígado gordo y la caza, tan fecunda en toxinas, que la perdiz, según referencias, contiene una cantidad apreciable de ácido prúsico. Todos estos serán venenos muy lentos según diz que dijo Voltaire del café; sin embargo, la sobriedad, los alimentos sanos y sencillos forman desde tiempo inmemorial el breviario de la higiene. A ellos se atribuye la larga vida de los eremitas y solitarios, que (menú poco tentador) vivían de yerbas cocidas sin sal.

* *

Con el vegetarianismo, el culto de las flores va aumentando. Los moradores de las grandes ciudades, confinados en pisos estrechos, en habitaciones reducidas, son felices cuando poseen una azotea o un saledizo donde regar unos tiestos. No todo el mundo puede poseer un parque o un jardín espacioso, y los tiestecillos y los cajones de madera pintada substituyen a lo que niega la fortuna. Hay necesidad de ver un poco de verde, algo que hable de la naturaleza, de la libertad de una existencia más conforme a la organización humana. En teoría, todo hombre, toda familia debiera disponer de unos cuantos metros de tierra, donde saliesen a respirar los niños, donde se cultivase un poco de verdura y unas rosas.

Ved a los chiquillos, sueltos por las aceras, molestando, recogiendo en el alma el barro de la calle las soeces palabras, las acciones groseras, los ejemplos perniciosos. Pero, ¿qué han de hacer? En la vivienda no hay aire, no hay espacio... Algunas veces, el *square*... Pero también el *square* es parte de la vía pública; también allí el niño puede corromperse precozmente, abandonado a sí propio. Tener un árbol, un pedazo de tierra, es ya un elemento de moralidad y cultura; y, como el árbol y el terreno faltan, ¡se substituyen con el tiesto, la maceta humilde! La albahaca, tan castiza, el vivaz geranio, el clavel nacional, la malvitarrosa, animan la ventana,

se desbordan del balcón. Y, aun en este detalle, notad que se progresa, que hay evolución favorable. Las flores del pueblo son muchas más que antaño. En las bohordillas podéis encontrar ahora begonias, palmeras, jacintos, drácenas, «sombra suiza». Todo esto se vende por la calle y lo portea un borriquito. Se ha puesto la planta fina al alcance de todos.

Cada día aumentan las tiendas de flores, y en paseos y calles céntricas os ofrecen las floristas gayos ramilletes. La flor que no ha podido venderse en el establecimiento, se despacha así. Dentro de los coches, os arrojan mazos de acianos, de lilas, de clavelones, mientras dais la tercera o cuarta vuelta alrededor de la Castellana, y por centésima vez contempláis el monumento de Castelar y el de Isabel la Católica. En los teatros se venden flores también. Y muy desairada estará la mesa donde no ocupe el centro un cacharro con flores o plantas.

No hablemos del inmenso consumo que representan las coronas fúnebres de flores naturales. Yo encuentro triste esta costumbre. Las flores sufren y el cadáver no se hermosea.

Pero se encuentra tan arraigada, que no habrá de desterrarse a dos por tres. Cubiertos materialmente de lilas blancas, de rosas, de violetas, bajan a la tierra los niños, y las señoritas, y cuantos han tenido esa vida breve que los griegos, con fundamento, suponían favor de los dioses. Y, aun cuando sean más viejos que Matusalén los que se van, no les falta su decoración floreal, sus aromas. A mayor posición, relaciones y fama, mayor número de lujosas coronas sobre el ataúd. A la hora de la muerte y el día de la fiesta onomástica, hacen su agosto las floristas.

* *

Sería curioso saber a cuánto asciende lo que anualmente gasta, por ejemplo, París, en la bella superfluidad de las flores. Verdad que esta industria hace vivir a mucha gente. Y cierto también que los grandes jardineros y viveristas son personas de altura científica, que conocen las clasificaciones botánicas, que trabajan sin cesar en crear variedades inéditas, caprichos divinos de la naturaleza, que no se cansa de renovar su paleta de colorista y su lápiz de dibujante. Los Catálogos que vienen todos los años, traen las conquistas; a veces, una rosa no se diferencia de otra sino por algún leve matiz, algún insignificante cambio en la forma de la hoja; sin embargo, hay apariciones admirables, coloridos ignotos, ardientes y caprichosos, hechuras singulares, rosas jaspeadas, disciplinadas, recortadas, globulosas, imbricadas, deshojadas, originando combinaciones que parecen juegos de la fuerza creadora. Y toda esa soberbia multiplicidad de rosas, tuvo su origen en una zarza salvaje, que crecería en un mar-torral.

La rosa es una zarza... Ved lo que ha hecho de ella el cultivo, el arte del hombre, mejorándola, convirtiéndola en esa maravilla del mundo vegetal, que no admiramos cuanto debiéramos, por lo mismo que la podemos ver y gozar a cada instante...

La rosa, sin embargo, ha dado inspiración inagotable a la poesía. Alguna vez la rosa ha sido tomada como emblema de la razón: léase *El asno de oro*. Y, en efecto, el borrico que come rosas, recobra la forma humana. Si un pueblo, por atrasado que esté, siente la magia de la rosa, y su significación, hay esperanza para él. La rosa, es la belleza, es el amor, es el ideal.

Lo que se ignora por completo, es cuándo la zarza silvestre se convirtió en rosa perfumadísima. Desde un principio nos hablan ya de la rosa mitologías y documentos literarios. Las fiestas dionisiacas, se celebraban con la apoteosis de la rosa. Esta flor ha tenido constantemente por simbolismo el breve momento de felicidad de la vida humana, comprada a precio de tantas espinas, y marchitada tan presto, entre añoranzas amarguísimas.

Por eso, siendo emblema de la ventura transitoria, lo fué de la muerte... Se unió la rosa al ciprés, y los supersticiosos irlandeses, cuando están enfermos y ven pasar un rosal ante su ventana, se dan por difuntos.

Ya lo dijo el gran poeta de Recanati:

«Fratelli, a un tempº stesso, Amore é Morte
ingeneró la sorte...»

Y así las rosas, más que júbilo, debieran producir la melancolía, que con imagen de rosa nos hizo sentir el Tasso... Todo pasa, todo se desvanece, todo se borra, todo es humo y heno... Y entretanto, las rosas siguen floreciendo y perfumando el aire.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

EL JUEVES DE LA ABUELITA, CUENTO DE MATILDE ALANIC (1), dibujo de Tamburini



—¡Qué día tan hermoso!, exclama la señora Bernard

—¡Qué día tan hermoso!, exclama la señora Bernard abriendo la ventana de su buhardilla por donde entran los rosados rayos de la aurora.

Todos los jueves la buena señora prorrumpie en la misma exclamación aunque el cielo esté nublado o haga un tiempo lluvioso. Y es que cada semana, en tal día, va a visitar a su hijo y a sus nietos en la casita campestre en que pasan los veranos, a dos leguas de la ciudad; por esto la abuelita ve el cielo del jueves como un cielo de fiesta, tal como es su alma.

Desde que amanece, afánase por preparar su viaje, yendo sin cesar de un lado a otro, algo trastornada la cabeza por su alegre excitación... Su atavío la entretiene largo rato: a fuerza de agua alisa sus cabellos grises y refresca sus mejillas arrugadas y sus pupilas agostadas que han velado y llorado mucho... ¡Le gustaría tanto llevar a sus nietecitos un rostro que diese gozo de ver y de besar!

Pronto la sombrilla, el capacho de mimbres; dos vueltas a la llave de la puerta, y ya tenemos a la abuelita en la escalera, ágil y vivaracha como a los veinte años y contestando con una sonrisa de triunfo a los vecinos que le desean un buen viaje.

Ya en la calle, apresúrase angustiada ante la idea de perder el tren, de retrasar su dicha; su figura menudita corre a lo largo de las casas, enteramente vestida de negro, de cabeza a pies, de ese negro algo rojizo de los lutos eternos... Lutos de esposos, de hijos, lutos de vivos y de muertos. ¡Han de llevar tantos al cabo de su vida esas pobres abuelas!..

Después de muchas ansiedades, de mucha agitación, de preguntas tímidas, hétela en fin metida en su tren... Muge la locomotora y la señora Bernard se estremece de gusto... Dentro de unos minutos verá a su Daniel, al último sobreviviente de sus hijos..., y a los niños de su Daniel... El sol del jueves ilumina gloriosamente el paisaje familiar y penetra en el corazón explayado de la abuelita.

Hay, sin embargo, una sombra en aquella luz, desgraciadamente... ¿Por qué el gozo de tener nie-

tos implica necesariamente la obligación de una nuera?.. No, la abuelita no quiere pensar en ello... Las cosas tristes se encuentran demasiado pronto... Y después de todo, el tren se detiene, la abuelita se levanta precipitadamente y golpea la portezuela... ¡Si la locomotora emprendiese de nuevo su marcha sin darle tiempo a bajar!..

Al fin, después de un segundo de azoramiento, el capacho, la sombrilla, la figura menudita y vestida de negro, todo se halla a salvo en el andén de la estación y colgado instantáneamente del cuello de Daniel.

—¡Hijo mío!, exclama la anciana riendo y llorando a la vez y comiéndoselo a besos, mientras él se subtrae bromeando a esas caricias, un tanto avergonzado de aquellas efusiones públicas.

—Vamos, mamita, deje usted algunas para mi mujer... No me voy a Marruecos, sino simplemente a la oficina, como de costumbre, y ya es tarde... Mire usted, ya vienen los niños que la acompañarán... ¡Hasta la tarde! ¡Diviértase usted mucho!

Echa a correr y la señora Bernard le sigue con los ojos, lleno el corazón de suspiros. ¡Se acabó! ¡Ya se fué por todo el día!.. Pero un muchachuelo le sale al paso:

—Buenos días, abuelita, ¿qué traes hoy?

—Abuelita, grita hasta desgañitarse el pequeño Mauricio, esforzándose por reunirse con su hermano mayor. ¡No le des nada antes que a mí!

Las cuatro manos codiciosas estiran el capacho henchido.

—¡Dadme siquiera un beso, hijos míos!, dice bondadosamente la abuela estirando sus labios ávidos de aquellas frescas mejillas que ellos le dejan rozar apenas.

Todos los niños son así, ¿no es verdad? Indolentes, voraces, algo crueles en sus travesuras y sobre todo indiferentes a las caricias de los labios marchitos y de las viejas manos arrugadas. ¡A qué, pues, echárselo en cara, pobres pequeñuelos!.. No obstante, una tristeza invade el alma de la abuela mientras reparte entre los niños, con sonrisa amorosa, las golosinas que ellos devoran insaciables, espiándose con envidia el uno al otro.

¡Una nueva sacudida para aquel corazón que la edad y los largos dolores debieran haber embota-

do!.. Han llegado ya al edificio de ladrillo pomposamente denominado *Quinta de las Margaritas* en honor de la esposa de Daniel, y ésta en persona aparece ante los ojos de su suegra, que nunca se acerca a esa mujer omnipotente sin experimentar una profunda angustia.

Margarita, instalada en la sombra, en su jardincillo, está desgranando guisantes, porque si durante el invierno, en la ciudad, se permite el lujo de una criada, durante el verano, en el campo, se priva de ella; es una mujer, en realidad, muy razonable y de voluntad firme que posee a fondo la ciencia de dirigir una casa y un marido. Y ese bonachón de Daniel se deja benévola mente gobernar, encantado de que su mujercita se tome el trabajo de pensar y prever por dos.

Según las ideas políticas de Margarita, una nuera debe tener siempre a su suegra en un estado de temor respetuoso; y jamás deja de aplicar este principio. Así es que al acercarse la señora Bernard, prosigue su tarea sin levantar siquiera la cabeza.

—¡Hola, es usted, abuelita!, dice tranquilamente sin mirarla. ¡Dios mío, qué de prisa pasan las semanas!

Aquella vocecita clara cae siempre en el corazón de la abuela como un chorro de agua helada; y sin embargo, debiera estar blindada por la costumbre y podía prever aquel saludo así como la acogida desdeñosa reservada a las sorpresas del famoso capacho, para las cuales la pobre mujer ha acortado toda la semana su corta ración, porque nunca se atrevería a presentarse con las manos vacías en la *Quinta de las Margaritas*... Y no obstante siéntese dispuesta a llorar mientras su amable nuera, con una frase acerada o con una mirada de menosprecio, le demuestra que se ha dejado engañar tontamente por los tenderos que le han vendido el pastel de *foie gras* o las especias finas.

—¿Y esto es todo lo que trae usted, abuelita?, le pregunta Fernando mientras la anciana vuelve a atar tristemente los cordones del capacho vacío.

—Todo, hijo mío, contesta la abuela aventurando una pobre sonrisa en la que tiemblan lágrimas.

—Hay menos que otras veces, refunfuña Mauricio descontento y con la boca llena todavía.

Y los dos hermanos abandonan aquel sitio en

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

donde no los retiene ya ningún interés, para ir a juntarse con sus compañeros de juego.

¡Ah, señora Bernard, cómo se oscurece ya el sol de los jueves!

Sola con su nuera, la abuelita busca desesperadamente algo agradable que decir para romper el opriente silencio. Tímidamente refiere todas las noticias del barrio, pero Margarita tiene un modo especial de cortar en seco todo intento de conversación.

¿Habla la abuela de uno de sus vecinos a quien el día antes dió un ataque apoplético?..

—¡Bah!, responde la nuera calmosamente. ¡Ya era bastante viejo! ¿Para qué podía servir?

La abuela, entrecortado el aliento, cállase azorada: aquel Sr. Dubois tan alegremente condenado a muerte, era contemporáneo suyo. Y mientras mira de soslayo y temerosa a aquella rubita, tan dulce en apariencia, piensa la anciana vagamente en aquellos salvajes, tan ferozmente utilitarios, que se comen a sus padres para que siquiera les sirvan de algo.

Al cabo de un momento, para probarse sin duda a sí misma que todavía no usurpa allí su puesto como un parásito, dice la señora Bernard:

—Margarita, me aburro no haciendo nada en tanto que tú trabajas... ¿No podrías darme algún trabajillo para entretenerme?

—Si usted se empeña..., siempre hay cositas que reclaman un punto, o un zurcido, responde aquélla negligentemente.

También esta pregunta y esta respuesta entran en el programa de todos los jueves. La abuela sabe que aquellas *cositas* forman un montón enorme que ocuparía de sobra una jornada de costurera: todas las ropas estropeadas, todas las medias rotas de la familia, se reservan para el jueves de la abuelita. En verdad que la sirven a pedir de boca y que le dan en abundancia con qué *entretenerse trabajando*.

Y puesto el dedal, sentada junto a la ventana, ya no levanta la cabeza y con todas sus fuerzas apresúrase a realizar la tarea tácitamente impuesta... Es menester que Margarita quede satisfecha; hay que ganar el derecho de volver al jueves siguiente y de ver a aquellos pedazos de su alma.

El sol da la vuelta alrededor de la casa, pero la aguja no modera su vuelo entre los viejos dedos animosos ni siquiera cuando a la caída de la tarde los vecinos acuden a charlar un rato y a proponer un paseito.

—¿Viene usted con nosotros, abuelita?, dice amablemente la nuera, provista ya de su sombrilla.

Pero la abuelita se apresura a contestar que el aire del campo la fatiga y que prefiere quedarse guardando la casa... Nadie insiste. ¿No es éste, acaso, el papel de los viejos?.. Y alegremente se aleja el grupo de mujeres y de niños.

Afuera, las rosas, abrasadas por el calor, se deshojan bajo el cielo que el sol, al ponerse, tiñe de rojo. La abuela, fatigada por su esfuerzo, con los ojos empañados detrás de sus anteojos, no ve nada de aquello. ¡Vaya un hermoso jueves de campo, abuelita! Hondos y lastimeros suspiros rompen el silencio... ¡Ah! El trabajo no la entristecería si la recompensasen con un poco de cariño siquiera... ¡Dios mío! ¡Pensar que hay abuelas felices, respetadas, mimadas y entre cuyas rodillas se acurrucan con zalamería los nietezuelos!.. ¡Oh, Margarita! Tú quieres guardar celosamente para ti el afecto de tu marido y de tus hijos, y para ti la abuela no es sino la suegra, la rival, la adversaria... ¡Cuidado con inspirar demasiado bien a tus hijos la aversión a la vejez y con experimentar un día también tú la amargura que llena el corazón de las madres cuando sus hijos crecen y se les escapan!

Mientras remienda el pantaloncito de Mauricio, la señora Bernard se representa la época en que su Daniel era niño, con las piernecitas al aire y los cabellos ensortijados, y un raudal de lágrimas moja los anteojos y ciega a la vieja obrera... Decididamente, abuelita, no le hace a usted ningún bien el recordar... Y muy pronto hay que secarse los ojos, porque voces alegres se acercan: Margarita, Daniel y los niños vuelven juntos. Y Daniel se planta delante de su madre y con los brazos caídos de estupefacción exclama:

—¿Cómo es que en vez de ir a recibir a su hijo está usted dale que dale con esa maldita costura? ¡Si para esto viene usted al campo!

—¿Qué quieres?, responde su esposa con ánimo conciliador. Cada cual se divierte a su modo; y puesto que la abuelita prefiere quedarse cosiendo...

Y a esto añade algunas palabras sobre las personas de cierta edad, testarudas como niños y que no encuentran bien más que lo que ellas hacen. Daniel, pronto convencido, se encoge de hombros como diciendo: «¡Y qué maniáticos son esos viejos! ¡Venir al campo para permanecer clavada en una

de su marcha llegan durante un buen rato hasta los oídos de la anciana. La noche es tibia y, sin embargo, la abuelita tiembla bajo su mantón. ¿Temblará de ese frío glacial que pasma el corazón de quien sabe que en ninguna parte le desean ni le añoran?

Sola en el vagón, abandónase a su tristeza y deja correr las lágrimas que la ahogan; su lamento se pierde entre el estrépito de las ruedas. ¡Se acabó! ¡Ya no volverá allí, a destrozarse el corazón y a imponer a ingratos la molestia de su presencia! ¡Se acabó!.. Pero ¿acaso no dice lo mismo cada noche de jueves?.. Aunque quisiera, la abuelita no podría curarse de la debilidad de amar... Margarita tiene razón: los viejos son tenaces en sus costumbres.

Agobiada de cansancio y de pena, la abuela parece una viejecita muy débil y muy abatida mientras se encamina con paso vacilante a su casa. Sus vecinas, sentadas a las puertas de las suyas para respirar el fresco de la noche, la saludan afectuosamente.

—¿Qué suerte ha tenido usted, señora Bernard, de pasar este hermoso día en el campo!

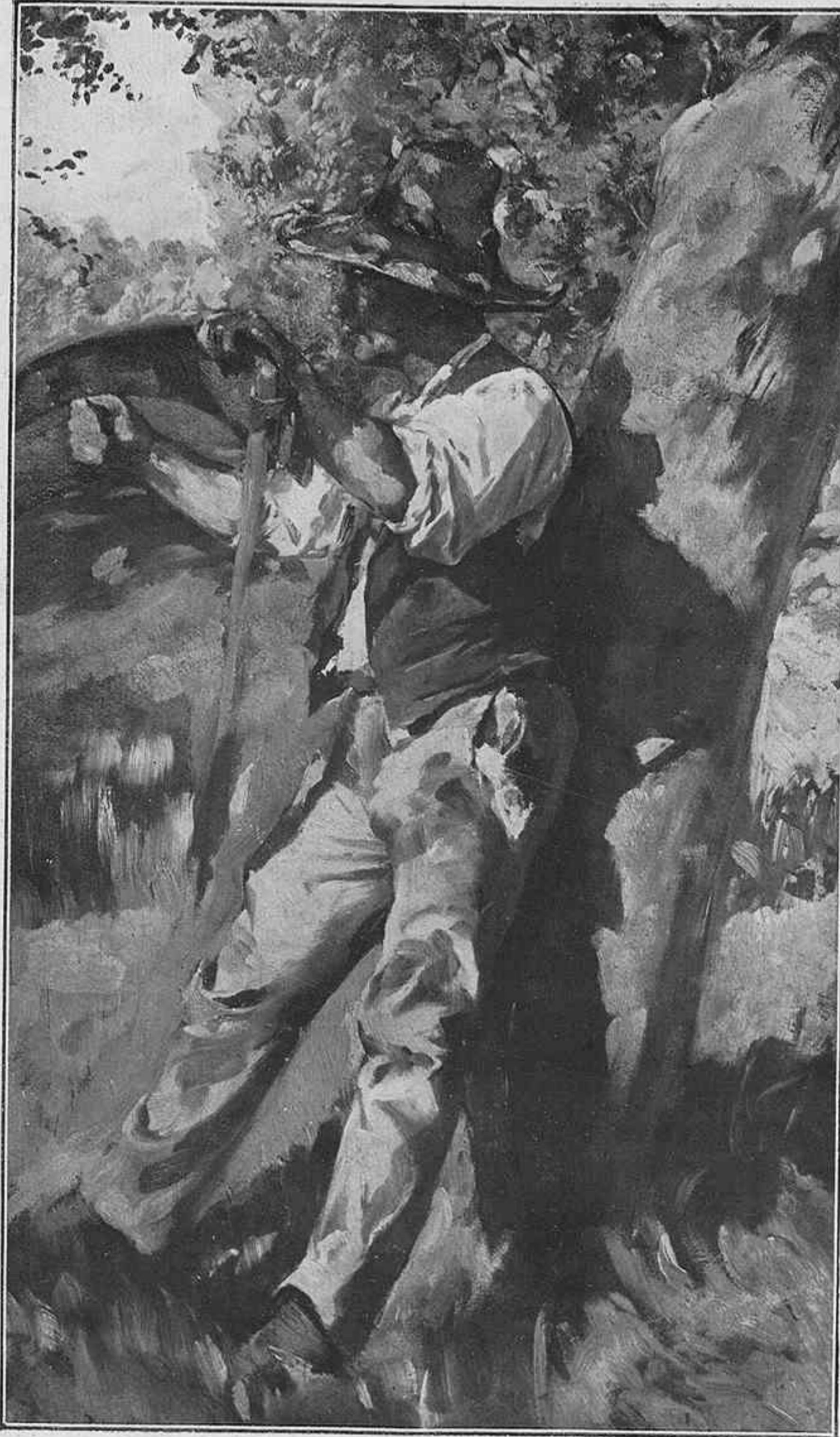
—¿Verdad que sí?, responde con acento y mirada alegres e irguiendo su cuerpo encorvado. ¡Lástima que haya pasado tan de prisa!

Y prosigue su camino orgullosa de que la envidien... Pero una vez en su cuarto se deja caer rendida sobre una silla... Y sin embargo, está allí menos sola que en la *Quinta de las Margaritas*, puesto que la rodean sus queridos recuerdos, tales como ella los desea, acogiendo afables sus caricias.

Antes de dormirse, agrupa sus retratos sobre la mesa... Fernando, el cazurro; Mauricio, el indócil...; ahora puede besarlos a su sabor sin que ellos se substraigan a su ternura. Luego, contemplando la fotografía en que Daniel, casado satisfecho, da el brazo a la blanca y dulce desposada, que se ha convertido en la nuera hostil y brusca, la abuelita, súbitamente compadecida por el presentimiento del porvenir vengador, murmura:

—¡Pobre Margarita! ¡Tanto como quiere a sus hijos!.. ¡Y será dos veces *suegra!*

Pero Dios, que se apiada de los viejos que lloran, envía a la abuela sueños consoladores en los que resplandece el sol del jueves... Y la abuela se despertará pensando en los goces del jueves siguiente.



Segador normando, cuadro de Antonio Fabrés
(Exposición de los Independientes de Roma.)

silla!» Y la abuelita le contesta con una sonrisa maliciosa como burlándose de sí misma.

Dispónese la mesa delante de la puerta para la comida. Es el momento solemne y alegre en que toda la familia hállase reunida. Daniel, recreado el paladar y el estómago repleto, se pavonea con la beatitud de un hombre que come al aire libre a la puerta de su propia quinta, en zapatillas y en mangas de camisa. Sus hijos y sus vecinos celebran sus chistes con risotadas; y enfrente de él, su anciana madre, silenciosamente encantada, le envuelve en su mirada fatigada y cariñosa. Ha vivido todo el día esperando aquella hora; pero su fatiga es demasiado grande para que pueda saborear el gozo de aquellos instantes. Además, el temor de hacer sombra a Margarita la mantiene en el lugar insignificante de pariente pobre que apenas se atreve a comer y a hablar.

Se acerca la hora del tren y Margarita, con su dulce voz, se lo recuerda amablemente; la señora Bernard se levanta con pena para la despedida, que casi no interrumpe la conversación. Un último beso a Daniel, muy ocupado en la discusión entablada, una caricia al pequeño Mauricio que, malhumorado, aparta la frente, unas tímidas «buenas tardes» a su nuera, algunas gracias a los demás presentes para corresponder a los deseos distraídos de buen viaje, y la abuelita parte escoltada por Fernando, que se ha prestado a acompañarla hasta la estación, con ánimo de sacarle, por el camino, algunos céntimos para comprar bolas.

Las carcajadas y los chistes reanudados después

LONDRES

REPRODUCCIÓN DE UN TORNEO
DEL TIEMPO DE LA REINA ISABEL
(Véase la lámina de la página siguiente.)

En la Exposición de la Inglaterra de los tiempos de Shakespeare que se celebra en Earl's Court, en Londres, se ha efectuado recientemente la reproducción de un torneo de la época de la reina Isabel de Inglaterra.

Fué un espectáculo verdaderamente brillante, una fiesta de magnificencia excepcional, que, además, tuvo el interés de que todos los que en ella tomaron parte fuesen miembros de las más ilustres familias de la aristocracia inglesa y muchos de ellos descendientes directos de los nobles señores que fueron los defensores leales de los Tódor.

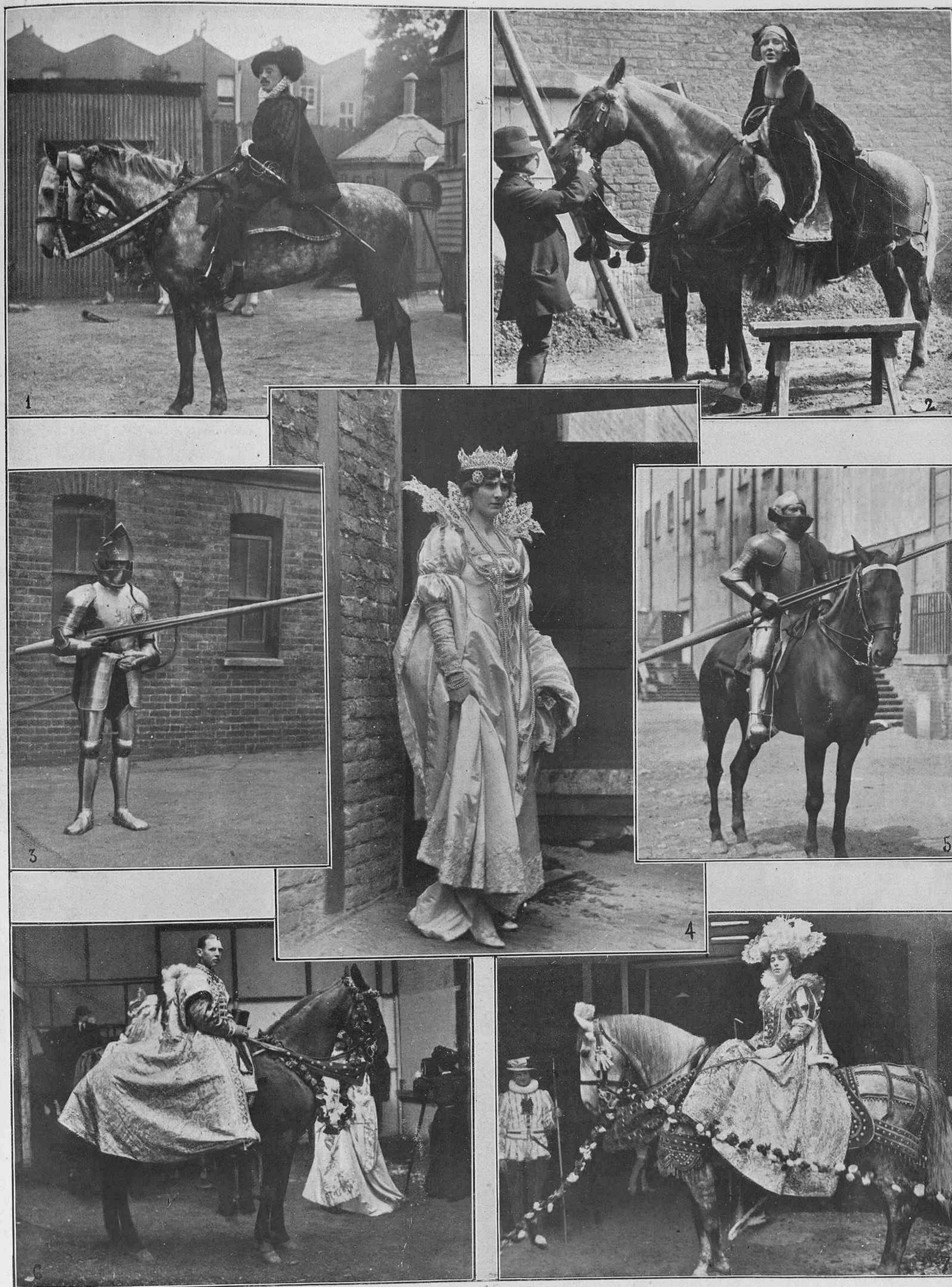
Bastará, para justificar esta afirmación, citar los nombres de la princesa de Pless, de la vizcondesa de Curzon, de los condes de Dúdney, Essex, Shréwsbury, Compton y de Craven, del duque de Marlborough, del vizconde de Crichton, del duque de Bérwick y de Alba, de lord Twéedmouth y lord Ashley Saint Ledgers.

Los trajes, de una belleza y de una propiedad extraordinarias, costaron 40.000 libras esterlinas (un millón de pesetas); este solo dato es suficiente para demostrar la suntuosidad con que fué presentado el espectáculo.

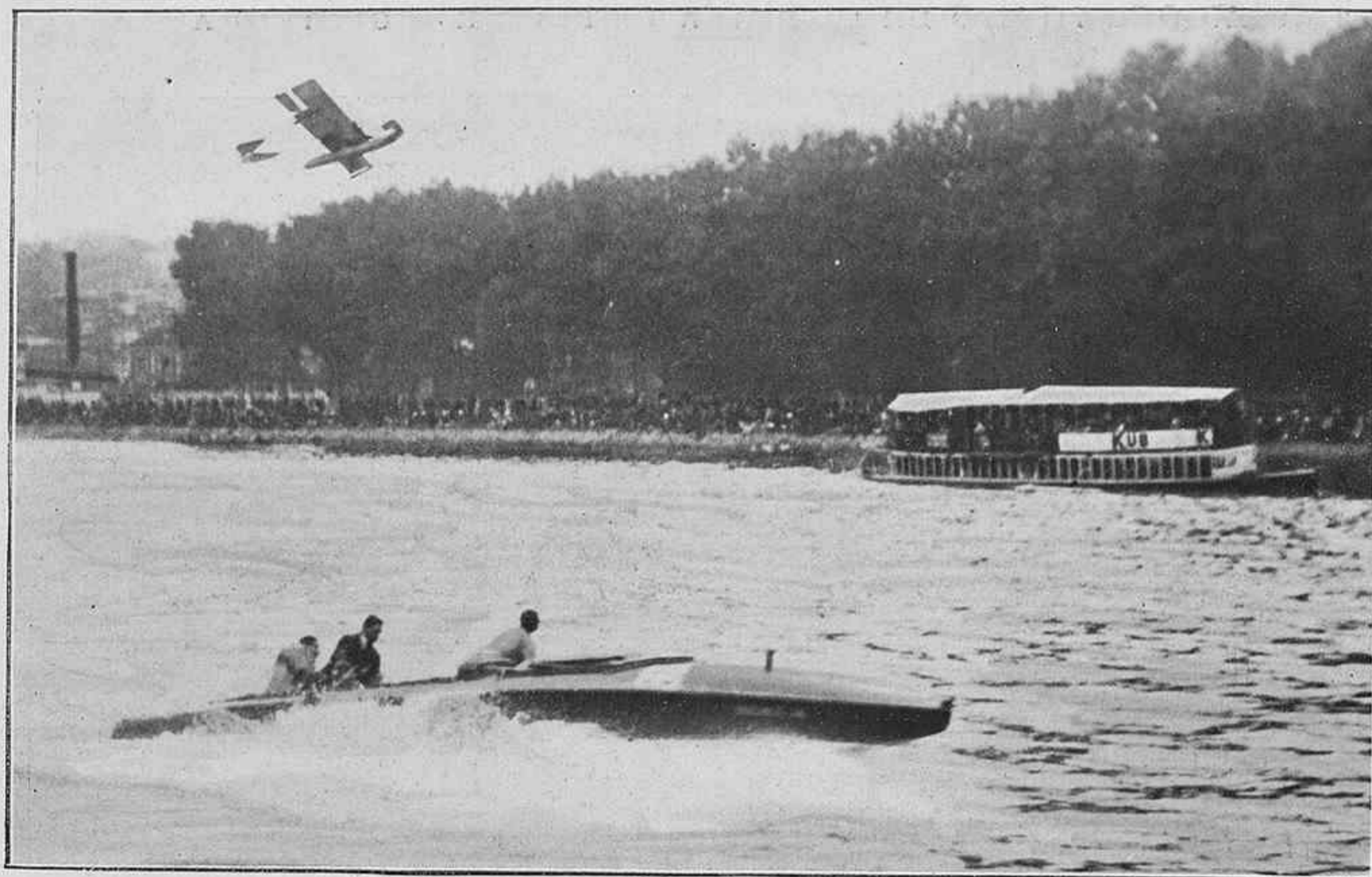
Presidió el torneo, como Reina de la Belleza, la vizcondesa de Curzon, y en él justaron seis caballeros al frente de los cuales iba el duque de Marlborough, habiendo sido proclamado vencedor lord Ashley Saint-Ledgers.

Para completar la ilusión de aquel espectáculo medioeval, la mayoría de los espectadores de ambos sexos vestían trajes del tiempo de la reina Isabel.

LONDRES.—REPRODUCCIÓN DE UN TORNEO DEL TIEMPO DE LA REINA ISABEL DE INGLATERRA



1. El duque de Bérwick y de Alba.—2. Diana Manners.—3. Lord Orichton.—4. La vizcondesa de Curzon, Reina de la Belleza
5. Lord Twéedmouth. (De fotografas de Harlingue.)—6. El príncipe Cristóbal de Grecia.—7. La princesa Pless. (De fotografas de L. N. A. Photo.)



París. Mitin de canoas automóviles.—El hidroaeroplano Paulhán compitiendo con la canoa ganadora del mitin. (De fotografía de Crosara's Graphic Press.)

PARÍS.—MITIN DE CANOAS AUTOMÓVILES

Se ha celebrado recientemente en el Sena el curso anual de canoas automóviles conocido con el nombre de mitin de los «Colores de París», fundado y organizado por el señor Lestonnat, director del periódico deportista *Navigazette* y patrocinado y subvencionado por el Consejo Municipal de París y por el Consejo general del Sena.

Un público numeroso y escogido presenció la fiesta, llenando las tribunas levantadas a orillas del río, y admiró las interesantes carreras de los *cruisers* y de los *racers* que se disputaban los premios ofrecidos para las embarcaciones que en menos tiempo recorrieran el trayecto entre el puente de Suresnes y el de Saint-Cloud.

El premio de los «Colores de París» fué ganado por el «*racing-cruiser*» *Gavroche*, propiedad de don Carlos Noel, que hizo el recorrido en 22 minutos, 27 $\frac{1}{5}$ segundos.

Pero lo que prestó especial interés al mitin fué la presencia de dos hidroaeroplanos Paulhán-Curtiss pilotados por Paulhán y Barra y que dieron una notable demostración de los servicios incomparables que puede prestar la navegación náutico aérea.

De líneas elegantes, lo que es raro tratándose de un biplano, el aparato dirigido por Barra voló a la manera de las golondrinas que juegan por encima de los lagos o de los ríos, remontándose en los aires, hundiéndose de pronto en el agua, remontándose de nuevo y volviendo a deslizarse sobre la líquida superficie. El público aplaudió con entusiasmo las evoluciones de los hidroaeroplanos.

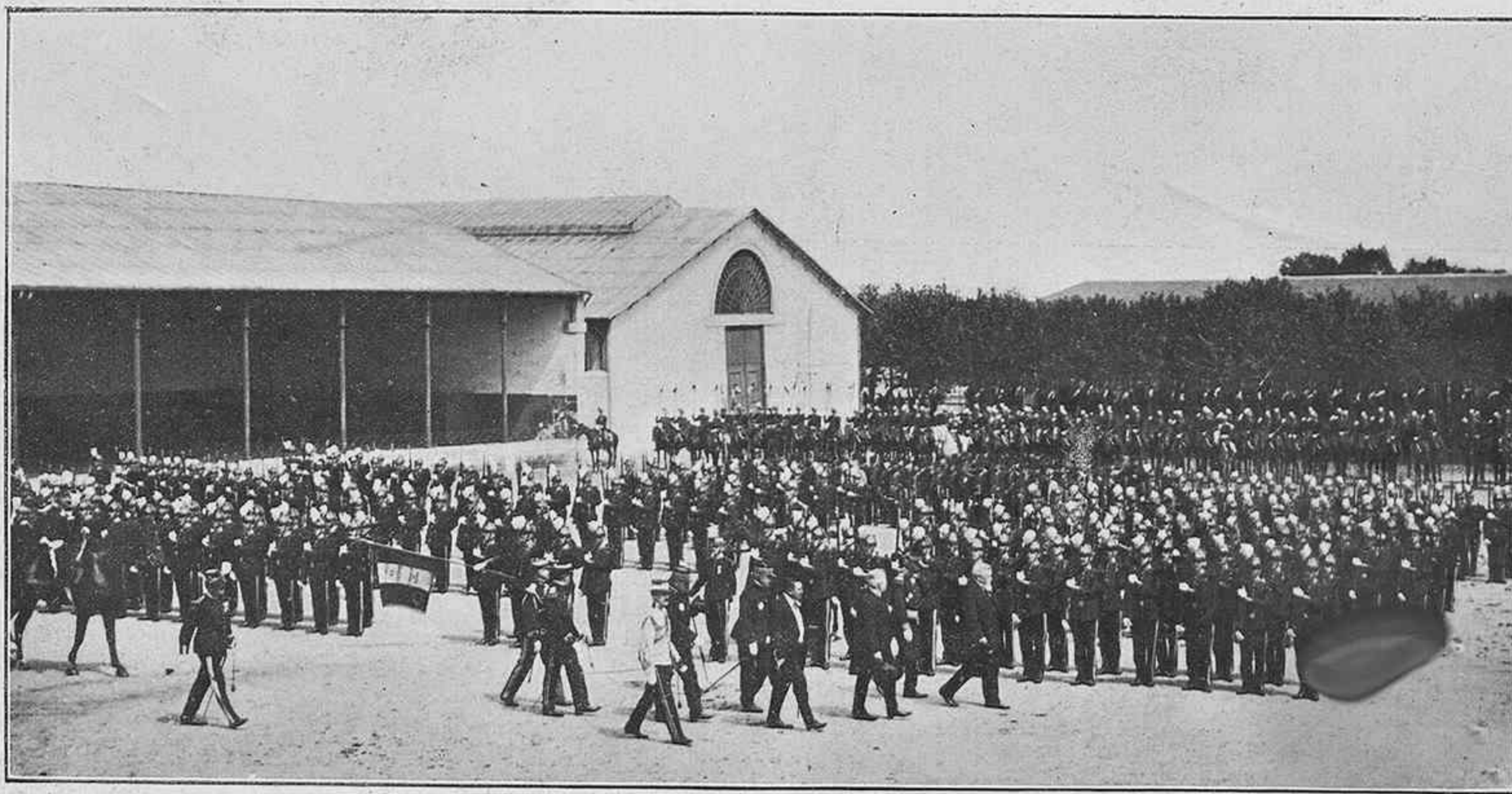
SAINT-CYR

INAUGURACIÓN DEL MUSEO DE LOS RECUERDOS

El día 24 de julio último el presidente de la República francesa inauguró solemnemente en la academia militar de Saint-Cyr el Museo de los Recuerdos, en el cual, según se consigna en una lápida de mármol, «las piadosas reliquias allí reunidas perpetúan la memoria gloriosa de los saint-cyrianos que han ilustrado la Escuela».

El Sr. Fallieres, después de haber saludado la bandera y revistado la compañía de honor, dirigióse

a la capilla que ha sido transformada en museo. El general Verrier, director de la Escuela, pronunció un patriótico discurso, haciendo la historia del mu-



Saint-Cyr.—El presidente de la República francesa revistando a los alumnos de Saint-Cyr después de haber inaugurado el Museo de los Recuerdos. (De fotografía de Central Photos.)

seo y explicando la importancia del mismo; el presidente contestó con otro no menos elocuente y

patriótico ensalzando al ejército, y luego recorrió las salas del museo que se inauguraba.

Terminada la visita, el Sr. Fallieres impuso varias condecoraciones y, acompañado del ministro de la Guerra, pasó revista del batallón y de los dos escuadrones de la Escuela.

El museo, instalado en la primera mitad de la antigua capilla, ofrece un aspecto grandioso e impresionante. En el fondo, sobre un grupo de banderas tricolores, destaca un hermoso Cristo de mármol blanco, encima del cual se ha colocado el magnífico cuadro *La carga de caballería*, de Jorge Scott, que figuró en el Salón de la Sociedad de los Artistas Franceses de este año y que ha sido adquirido por el Estado y donado por éste al museo. A los lados, en grandes lápidas de mármol negro, se leen, escritos en letras de oro, los nombres de los alumnos de la Escuela que murieron en la guerra de 1870. En las vitrinas hay numerosas y emocionantes reliquias; en armarios se guardan las banderas de la Escuela durante el primero y el segundo imperios y durante el reinado de Luis Felipe; y gran número de maniqués visten los antiguos uniformes de los saint-cyrianos y las túnicas de varios oficiales muertos en el campo de batalla.

PARÍS.—EL PRÍNCIPE DE GALES

El príncipe de Gales, que ha permanecido una larga temporada en París, fué invitado recientemente por el presidente de la República a un almuerzo íntimo en el Elíseo. Resultó una fiesta casi en familia, sin etiqueta alguna, a la que fué muy contado el número de personas que asistieron.

Terminado el almuerzo y mientras se servía el café en las habitaciones particulares del señor Fallieres, éste hizo entrega al príncipe, sin ningún ceremonial, de las insignias y del diploma de la gran cruz de la Legión de Honor. S. A. R. dió las gracias al presidente y la señora de Fallieres puso en el ojal del chaqué del príncipe la roseta de la Orden.

El príncipe se despidió de sus ilustres huéspedes expresándoles cuán satisfecho se sentía de su estancia en

París y cuánto agradecía las atenciones de que, durante la misma, había sido objeto.



París.—El príncipe de Gales saliendo del Elíseo después de haber recibido del presidente de la República las insignias del gran cordón de la Legión de Honor. (Fot. Chusseau-Flaviens.)

JAPÓN.—FALLECIMIENTO DEL EMPERADOR MUTSU-HITO Y PROCLAMACIÓN DE YOSHI-HITO

Según las noticias telegráficas que se han transmitido desde Tokio, ha fallecido en las altas horas de la madrugada del día 29 de julio último, en el palacio imperial de Haru-no-miya, el emperador del Japón Mutsu-Hito, siendo proclamado Mikado, en la capilla de dicha soberana mansión, el príncipe sucesor Yoshi-Hito.

La grave dolencia que hace años minaba la que fué robusta naturaleza del emperador y los prolijos cuidados que se le prodigaban resultaron inútiles, puesto que la enfermedad ha destruído el organismo del que fué uno de los soberanos más queridos y respetados del mundo. El profundo sentimiento de su pueblo, las públicas plegarias por todos pronunciadas implorando la mejoría del augusto enfermo, demuestran la general simpatía que dedicaba el pueblo nipón a su soberano y cuán merecedor era de ellas el emperador Mutsu-Hito.

Nacido en Kioto en 3 de noviembre de 1852, fué elevado al trono por fallecimiento también de su padre, el emperador Kommei-Tenno, en 1861, y contrajo matrimonio en 1869 con la princesa Haruko (del hermoso corazón, que tal significa su nombre), hija del príncipe Ischidjo-Tadaka, de la antigua casa Fudjivara.

A este período corresponde la evolución operada

en el Imperio del Sol Naciente, gracias al esfuerzo y a la voluntad del nuevo emperador. Apoyado por el pueblo, robusteció su autoridad, derrotó al So-

espada con riquísima empuñadura y un gran diamante de convexa superficie. Supónese que Jimmú, al transmitir estas joyas a su sucesor, le dijo: «Re-

cibe el reino y las tres joyas de la corona. Cada vez que desees verte, utiliza el espejo y gobierna al país con igual pureza y rectitud que su brillante superficie. Trata a tu pueblo con dulzura semejante a la estructura que representa el diamante y combate con esta espada a los enemigos de tu nación.»

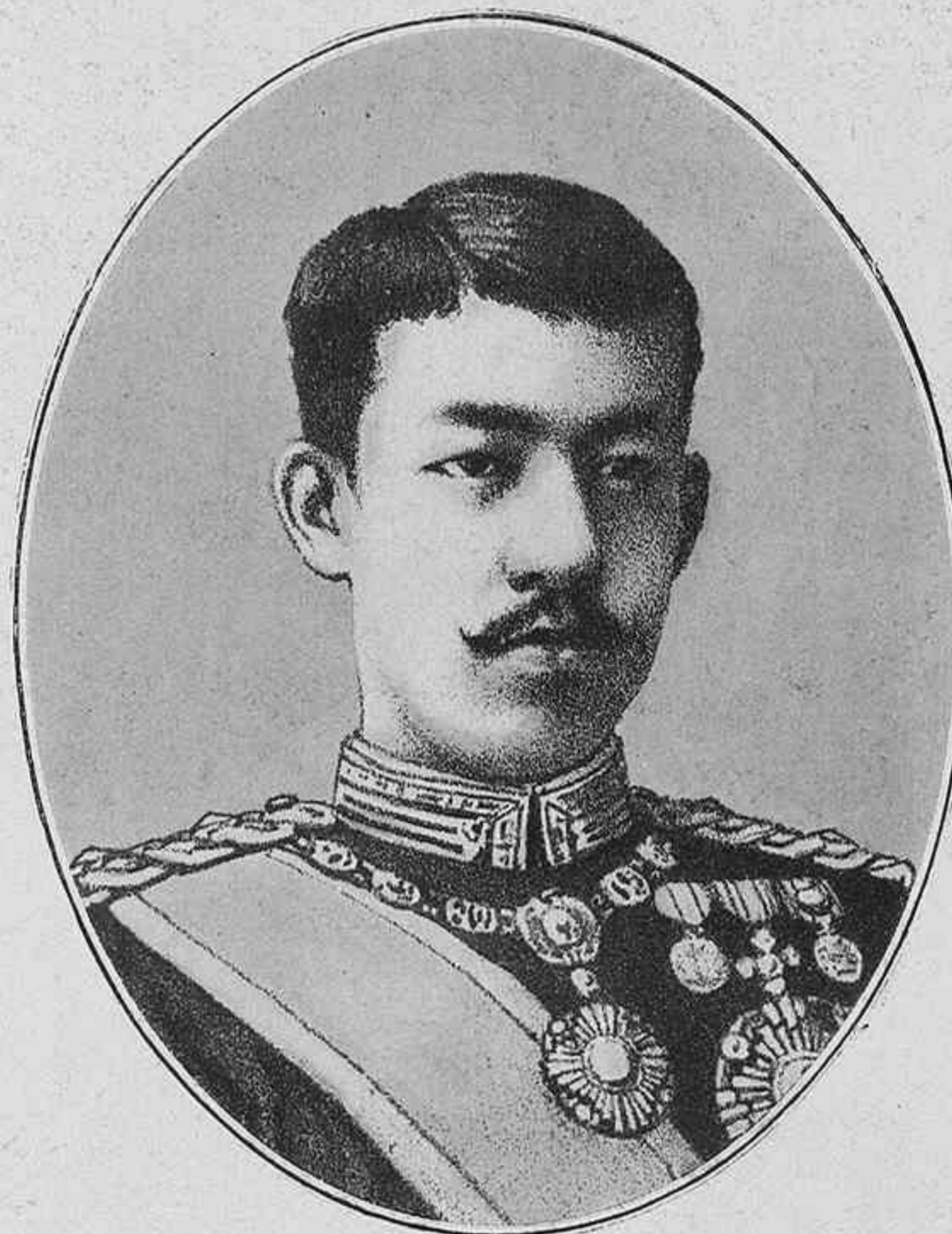
Si Mutsu-Hito tuvo en cuenta la voluntad de su antecesor, lo atestigua su historia y la situación brillante del país. Otra es la situación en que su hijo halla el imperio, mas el hermoso ejemplo de su augusto padre, su vasta ilustración y sus nobles sentimientos, hacen esperar que el Japón continuará la era de su prosperidad.

Inmediatamente después de fallecer

Mutsu-Hito, efectuóse la solemne ceremonia del advenimiento al trono del nuevo emperador, Yoshi-Hito. Éste, acompañado de los miembros del gobierno, tomó posesión de los tesoros de sus antepasados y juró conservar el antiguo régimen y gobernar conforme a la Constitución, y al día siguiente leyó, en presencia de los ministros y altos dignatarios, un rescripto afirmando sus propósitos de continuar la obra de su padre.



El emperador del Japón Mutsu-Hito, fallecido en Tokio el día 29 de julio último.



El príncipe heredero Yoshi-Hito, proclamado emperador en el palacio de Haru no-miya.

(Reproducciones de una estampa japonesa.)

gun y dió un Código a su país, a cuyo amparo ha podido acometer tan grandes empresas. Parece como si al hacerse cargo de los atributos de la soberanía jurara cumplir la voluntad de sus antecesores. Estos atributos imperiales, denominados Mikusano Kamakara, que pertenecieron a Jimmú-Tenno, fundador de la dinastía, consisten en tres verdaderas joyas de gran valor, hasta desde el punto de vista arqueológico, y son un hermoso espejo de metal, una



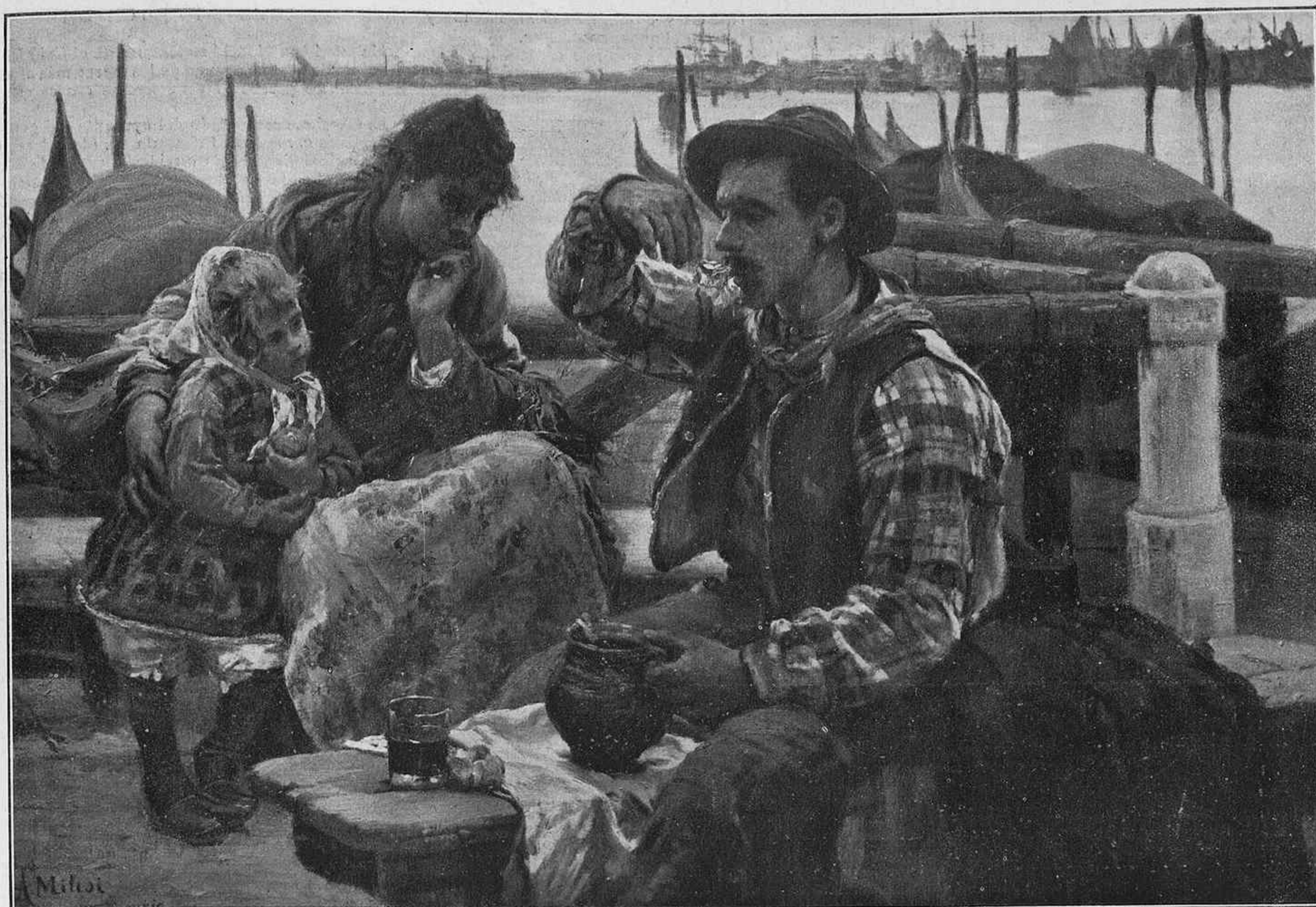
INSPIRACIÓN, tapiz pintado por Arturo Bulbena. (Salón Parés.)



VIRGINIA, cuadro de A. Alciati. (De fotografía de Hugo Zuecca.)



EN LOS ALPES, cuadro de Héctor Titto. (De fotografía de Carlos Trampus.)



LA COMIDA DEL GONDOLERO, cuadro de Alejandro Milesi. (De fotografía de Hugo Zuecca.)



ANTE EL ESPEJO, cuadro de Juan Giani. (De fotografía de Carlos Trampus.)

BARCELONA. — EN LA CASA DE AMÉRICA

Gran solemnidad revistió la sesión celebrada el domingo 28 de julio último en la Casa de América para recibir a don Carlos Martí, exinspector general de escuelas de la República



Barcelona.—Conferencia dada en la Casa de América por D. Carlos Martí, delegado extraordinario de la Asociación de Dependientes del Comercio de la Habana (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

de Cuba y delegado extraordinario de la Asociación de Dependientes de Comercio de la Habana, quien trafa de esta colectividad cubana el encargo especial de saludar y visitar oficialmente a aquella entidad barcelonesa.

Presidió el acto el cónsul general de Cuba, D. Joaquín Alsina, quien tenía a sus lados a los señores Martí, Riera y

Puso término a la sesión el Sr. Alsina con un sentido discurso en el que expresó su gratitud a los señores Martí y Riera por los conceptos laudatorios y afectuosos que habían dedicado a Cuba e hizo votos por la aproximación cada día más íntima de Cuba y España.

PARÍS. — LA CARRERA CICLISTA

DE «LA VUELTA A FRANCIA»

Desde el 30 de junio al 28 de julio último se ha corrido la importante prueba ciclista de «La Vuelta a Francia» organizada por el diario deportista parisiense *L'Auto* y que con éxito cada vez creciente viene celebrándose todos los años desde 1903.

Esta prueba comprendía las quince etapas siguientes: París-Dunkerque (351 kilómetros); Dunkerque-Longwy (388); Longwy-Belfort (331); Belfort-Chamonix (344); Chamonix-Grenoble (366); Grenoble-Niza (323); Niza Marsella (334); Marsella-Perpignan (335); Perpignan-Luchón (289); Luchón-Bayona (326); Bayona-La Rochela (379); La Rochela Brest (470); Brest-Cherburgo (405); Cherburgo-El Havre (361); y El Havre-París (317); o sea un total de 5.347 kilómetros.

De los corredores que en la prueba tomaron parte, 90 desistieron de ella durante el curso de la misma, habiéndola ter-

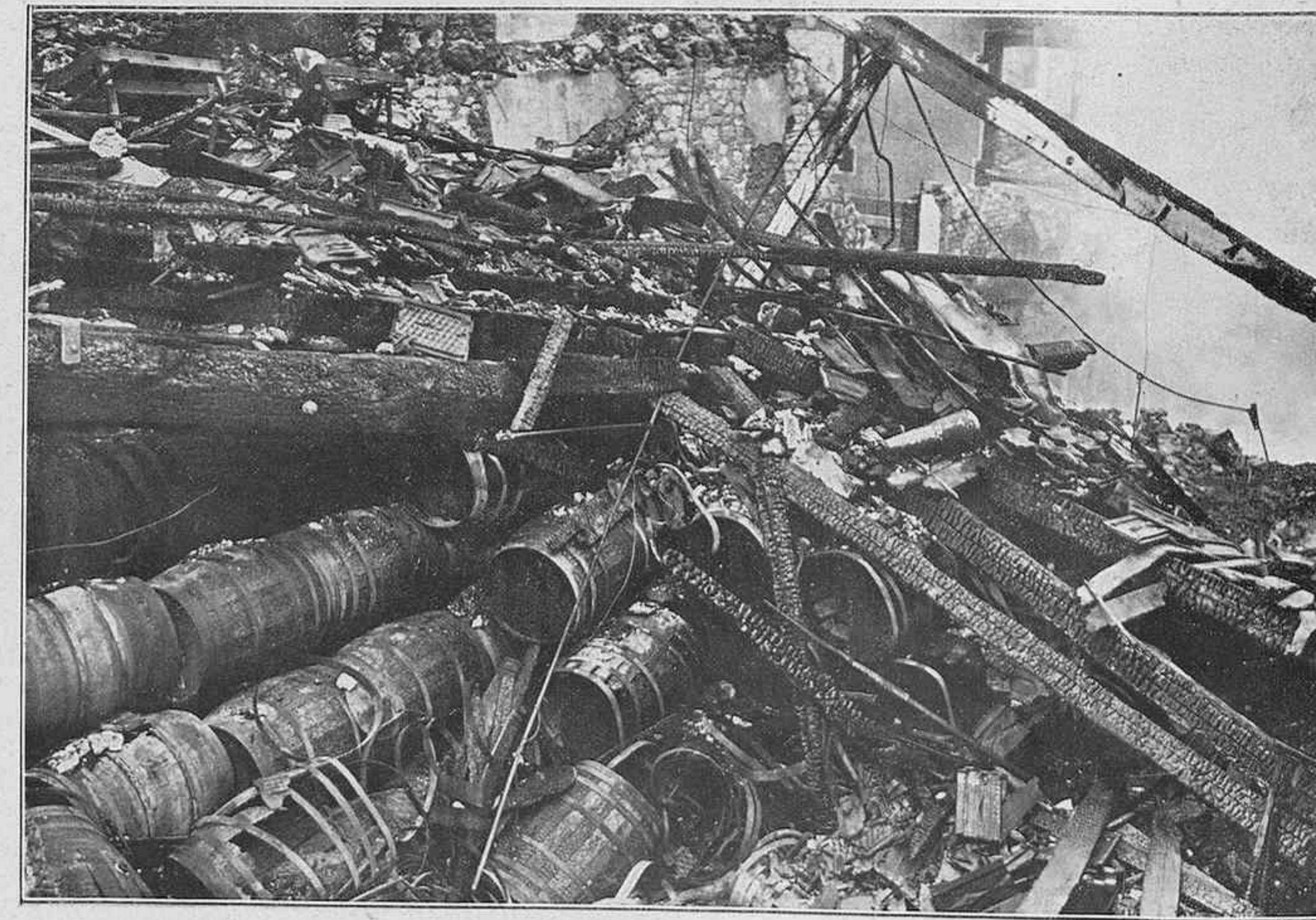


París.—El ciclista Defraye, ganador de la carrera de la «Vuelta a Francia» organizada por el periódico *L'Auto*. (De fotografía de Central Photos.)

Soler, presidente accidental de la Casa de América, Grué, presidente del Círculo de la Unión Mercantil, y Bas, representante del Centro Autonomista de Dependientes del Comercio y de la Industria de esta ciudad. Asistieron, además, numerosos socios de la Casa de América y muchos cubanos residentes en Barcelona.

Después de abierta la sesión, el Sr. Martí pronunció un elocuente discurso explicando el mandato que trafa de la Asociación habanera; hizo un gran elogio de la tierra cubana, expuso a grandes rasgos lo que significa la Asociación de Dependientes de que es representante, diciendo que es gran hogar de cubanos y españoles reunidos y poderoso motor de la intimidad hispano-cubana, y terminó alabando los propósitos de la Casa de América y haciendo votos para que pueda cumplir su misión benéfica en bien de España y de los pueblos americanos, para lo cual ofreció el apoyo de la entidad que representa.

Contestó al Sr. Martí el Sr. Riera y Soler agradeciéndolo



Epernay.—Incendio de las famosas bodegas de la fábrica de champaña Mercier (De fotografía de M. Rol.)

minado 57. Venció en primer lugar el belga Defraye, que cubrió los 5.347 kilómetros en 11.434 minutos, lo que da un promedio de velocidad de 27.894 metros por hora. La llegada de Defraye al Parc des Princes, término final

de la carrera, produjo entre el numeroso público allí congregado una explosión de entusiasmo.

EL CAÍD EL CHECHA

Ha estado en Madrid recientemente el Caíd El Checha, de la cabila de Quebdana, uno de los moros más afectos a España, como lo prueban las numerosas cruces que cubren su pecho.

El Checha, acompañado del ayudante del general Larrea, el teniente coronel de Infantería Sr. Monedero, ha visitado los principales edificios y establecimientos oficiales de la corte, entre ellos la Fábrica nacional de la Moneda y Timbre, en donde le recibieron el interventor D. Marcos Zapata, los ingenieros D. Rafael Alcaine y D. Benjamín Monfort y algunos empleados que le acompañaron en la detenida visita. El Caíd, que habla muy bien el castellano, se informó de todas las operaciones para la elaboración de moneda y timbre y al despedirse del Sr. Zapata, éste le ofreció unas medallas de las acuñadas recientemente.



El caíd El Checha (×), de la cabila de Quebdana, muy amigo de España y que recientemente ha estado en Madrid. (De fotografía de Asenjo y Salazar.)

EPERNAY.—INCENDIO DE LA CASA MERCIER

Un formidable incendio ha destruido recientemente una gran parte de los establecimientos que la importante casa Mercier y C.ª, fabricante de vinos de Champaña, posee en Epernay. Comenzó el fuego en el almacén de la paja, de los tapones de corcho y de las cajas, y con gran rapidez se comunicó a otros departamentos destruyéndolos.

Aunque el incendio no alcanzó a todas las bodegas, las pérdidas por él producidas son de gran consideración. Durante los trabajos de extinción del fuego, perecieron cuatro personas a consecuencia del hundimiento de un techo,

MATRIMONIO SECRETO

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



El joven de Queyrel hallábase tendido en su diván...

»Parto para una misión científica que me retendrá fuera de Francia unos tres meses. Decirte adónde voy es difícil, porque he de practicar observaciones que pueden tener un campo mucho más vasto que Europa, y con mayor razón me es imposible decirte anticipadamente dónde podré recibir noticias tuyas. Durante tres meses no habrá entre nosotros más vínculo que nuestro afecto; tú sabrás que soy tu mejor amigo pero ignorarás dónde y cómo este amigo se halla.

»Me dirás, es verdad, que tres meses pasan pronto; precisamente por esto, porque pronto llegaremos al término de esa separación de pocas semanas, te encargo digas a tu madre cuál es en este instante mi deseo más ferviente. Deseo y vivamente le pido que espere que pasen estos tres meses antes de tomar ninguna resolución en el asunto para el que me pidió consejo, el cual podré dar a mi regreso con conocimiento de causa. De aquí a entonces, afirmo que sería imprudente o temeroso contraer un compromiso. Ya te entenderá.

»Le añadirás que tengo motivos muy serios para hablar así y que yo, que desde que se fué de nuestra pobre casa nada le he pedido, le pido por favor que me conceda este plazo que solicito, prometiéndole que, después de mi vuelta, nada le impedirá tomar una decisión que hoy sería prematura y quizás hasta nefasta para aquellos de cuyo porvenir se trata.

»Parto, pues, confiado en su firme voluntad de contemporizar durante tres meses más, y ahora ya

sólo he de indicarte, en pocas palabras, lo que he hecho para que en mi ausencia nadie pueda causarnos molestia ni desazón alguna. He visto al prefecto de policía; no solamente ninguno de sus agentes os molestará sino que, además, si alguien tratara de hacerlo, a él deberéis dirigirlo en seguida y directamente. Esto en cuanto a vuestra seguridad.

»Si por casualidad sufrierais cualquier otro apuro, que yo no puedo prever y que no pudiera ser solventado por la administración, no tenéis más que avistaros en el acto con el doctor Lordeau, mi colega del Colegio de Francia y del Instituto, quien pondría desde luego su bolsa y su casa a vuestra disposición. Inútil creo añadir que encontraréis en él el consejero más seguro y el guía más leal; ya sabéis la amistad que de antiguo con él me une. Por pura discreción no irá él a veros; pero a cualquier hora del día y de la noche podéis acudir a él como acudiríais a mí. Por otra parte, conocerá aproximadamente las etapas probables de mi itinerario y en caso de urgencia podría enviarme un telegrama.

»Mañana por la mañana cerraré el pabelloncito en donde, mi querida Rolanda, sufro demasiado, y mandaré a Rosalía al Jura. La pobre necesita también cambiar de aire y hacer provisión de vida, de fuerza y de valor en las montañas de su país natal.

»Aprieto muy afectuosamente la mano de tu madre, y a ti, mi querida Rolanda te beso efusiva y paternalmente, después de repetirte que piensa siempre en ti y siempre en ti se ocupa tu gran amigo.

Claudio.»

Esta carta no fué echada al correo hasta minutos antes de la salida del tren del Havre; de modo que cuando llegase a su destino, haría muchas horas que habrían partido el doctor y su compañero de viaje Cesáreo Honorat.

Y en efecto, muchas horas llevaban éstos de tren cuando el cartero de la calle de los Ternos dejó la carta en la portería, en donde la señora Guichardón estaba preparando la comida.

La portera examinó el sobre y al ver que era para Rolanda Casteras acordóse de la recomendación del bueno del vizconde de l'Orme y se dispuso a subir al taller de Ludovico.

—Es una suerte que haya venido esta carta, murmuró. Reciben tan poca correspondencia esas señoras y he podido mostrar tan pocas cartas al vizconde, que éste acabaría por creer que le robo el dinero y que sólo se las enseño cuando se me antoja.

Y metiéndose la carta en el bolsillo por temor de indiscretos encuentros en la escalera, recomendó a su marido, que cosía junto a una ventana de un patio, que cuidase del guisado.

—Si ves que va a quemarse, le dijo, échale un poco de agua. Bajo en seguida.

Momentos después, abrió discretamente la puerta del taller.

—Soy yo; no se moleste usted, señor Ludovico, puesto que vengo por el Sr. Vizconde.

El joven de Queyrel hallábase tendido en su diván, con los pies algo más altos que la cabeza y con un cigarrillo medio consumido en la boca, es decir,

en una posición que a las claras revelaba su firme propósito de reemplazar, en aquellos instantes, el trabajo que ejecuta por la meditación que concibe. Por lo demás, ni siquiera se movió limitándose a preguntar a la digna portera:

—¿Qué hora es señora Guichardón?

—Muy cerca de las cinco, señorito Ludovico.

—Eso me parecía; y como ya sabe usted que mi padrino hasta las cinco no viene a buscarme...

—¿De modo que no está aquí? Pues yo hubiera apostado mi cabeza a que estaba con usted.

—No la apueste usted, que se arrepentiría.

—Pero si le he visto subir...

—Sí, pero ha vuelto a marcharse hace cosa de una hora.

—No me lo explico, pues no le he visto salir.

—Y vamos a ver, ¿qué quería usted de él?

—Eso de las cartas... Ha venido una...

—¿Para la señora Casteras?

—No, para la señorita Rolanda. Pues sí, yo me figuraba encontrar aquí al señor vizconde; pero en fin, se la subiré luego.

—Perfectamente.

—Pero se me ocurre una cosa. ¿No dice usted que el señor vizconde está para llegar?

—Sí, dentro de unos minutos; ya sabe usted que es exacto como buen militar que ha sido. Viene a buscarme para ir juntos a comer.

—Pues entonces se la dejo a usted. Ya me la bajaré después y así me evitaré el volver a subir y la habrá visto de todos modos... Porque si se la enseñase en la portería, podría haber gente...

—Lo que sería molesto...

—Seguramente... Mire usted, la dejo aquí, sobre la arquilla de ébano.

—Como quiera, señora Guichardón; pero conste que lo hace usted por su gusto y que yo me lavo las manos.

—Sí, sí, ya el señor vizconde me la devolverá... Y ahora me voy corriendo a vigilar mi asado... Mi esposo es tan distraído que es capaz de dejar que se quemé.

Y dicho esto marchóse precipitadamente.

Ludovico, sin moverse, miró de lejos la carta.

—Conque dirigida a la muchacha... ¡Calle! Y si fuese del otro, del viajero...

Esta idea le estimuló y levantándose del diván fué a mirar el sobre.

—No, dijo, es del interior. Me tiene, pues, sin cuidado, añadió filosóficamente.

Y se disponía a reanudar sus meditaciones orientales, cuando oyó el ruido de la llave.

—¡Ea, ya está aquí el amo!

Era, en efecto, Delorme.

—¿Hay algo para mí, según me ha dicho la señora Guichardón?, preguntó.

—No espere usted nada extraordinario. Ha traído simplemente esa carta dirigida a Rolanda; la ha dejado ahí encima de la arquilla diciendo que ya se la devolvería usted. Por lo demás, me figuro que no será nada de particular.

—¿Por qué?

—Porque es del interior y si usted la abre de seguro verá que es de alguna discípula, como tantas que ha abierto usted inútilmente.

Delorme, en tanto que Ludovico hablaba, había cogido la carta y examinaba el sobre.

—¿De una discípula? ¡Ca! Es letra de hombre y de hombre que escribe mucho y de prisa.

—Es verdad, dijo Ludovico que miraba la escritura por encima del hombro de Delorme. Y la letra tiene un sello poco vulgar.

—¿Dónde está el horno de alcohol?

—¿Qué, la abrimos?

—Ya lo creo; la operación no será larga.

En efecto el sobre, expuesto a los vapores del agua hirviendo, se entreabrió solo al cabo de unos pocos segundos. Delorme sacó la carta.

—¡Diantre, no es corta la epístola!, dijo. Veamos la firma: Claudio... ¿Quién será ese Claudio?

Pero apenas leyó las primeras líneas exclamó:

—¡Ah, sí!.. El doctor Lecoutellier.

—¿El que ha perdido a su madre? Entonces le enviará una elegía fúnebre de cuatro páginas.

Delorme no contestó al joven de Queyrel que indolentemente volvió a tenderse en su diván. Estaba demasiado absorto en su lectura, que debía ser muy interesante, porque a cada línea la comentaba con alguna exclamación: «¡Oh, oh!», «Bueno es saberlo», «Comprendido».

—¿Conque se figura usted que es una elegía?, preguntó a Ludovico después que hubo leído la carta. Pues sepa usted que es una declaración de guerra.

—¿A la muchacha?

—A nosotros; lea usted mismo, y cuando haya leído comprenderá la importancia de apartar del ca-

mino hasta el guijarro más pequeño, sin lo cual se vuelca el coche sin remedio.

Y mientras Ludovico leía, prosiguió:

—Si no llegamos a abrir esta carta, la mexicana y el médico nos engañan como a chinos.

—Quizás exagera usted.

—¡Que exagero! Le aseguro a usted que cuando iremos a pedir informes sobre esa misión que habla...

—¿Y dónde nos darán esos informes?

—En todas partes y más exactamente que en ninguna en casa del doctor Lordeau.

—¿Ese protector interino?

—El mismo. Pues bien, apuesto a que con tres preguntas que le formularé le haré decir que la misión del doctor Lecoutellier ha de pasar por México.

—¿Supone usted!..

—No supongo; presiento, adivino, estoy seguro... leo, sí, leo en el pensamiento de ese médico condenado como en un libro abierto. Ese plazo de tres meses que pide misteriosamente a la mexicana es para tenernos entretenidos hasta su regreso. A nosotros se nos reserva para un último extremo; en rigor pueden darnos a la pequeña Casteras, pero sólo cuando se haya renunciado definitivamente a convertirla en señorita de Aspremont y a endosarla, en este caso, al chico Lorgerac... Y mientras nosotros aguardamos como unos imbéciles, ¿qué va a hacer allí ese Lecoutellier? Pues va a realizar el esfuerzo supremo, la suprema esperanza de todos ellos.

—¿Y qué le importa a usted, si es usted el único que posee?..

—La prueba escrita del matrimonio, la prueba firmada por el padre Lorgerac...: sí solo yo la tengo.

—¿Entonces?..

—Entonces... si no tuviéramos que habérmolas más que con esas dos mujeres, estaría yo tranquilo; pero ahora veo demasiada gente metida en el asunto... El médico... el hijo de Lorgerac... ¿Qué es lo que quieren tramitar en México? Asediar quizás al señor Casteras... Sé que hay allí un testigo del matrimonio y sé que si por casualidad, y hay que suponerlo y preverlo todo, el barón de Lorgerac no hubiese de temer nada por la fortuna de Aspremont que detenta...

—¿Imposible!

—¿Imposible? Sí, por ejemplo, el señor Casteras, que es inmensamente rico, renunciase a aquella fortuna en nombre de su nieta, acaso el barón no se opondría a lo que todos desean; y una vez admitido por él como real el matrimonio de su primo, nadie puede ya invocar su nulidad. Se regulariza la situación y entonces nos quedamos a la luna de Valencia.

—¡Oh!

—¿Es usted tan cándido que se imagine que le darían a usted a la señorita de Aspremont, a la hija legítima de Rolando de Aspremont? Nada de esto. Esta señorita está destinada ya a su primo Enrique de Lorgerac.

—Pero si éste se halla quién sabe dónde.

—No tenga usted cuidado; el día en que la chica Casteras se llame con su verdadero nombre, el muchacho sabrá volver... y al galope.

Y cogiendo la carta que aun tenía Ludovico, siguió diciendo:

—Esto es lo que se lee en ese papel.

—¿Y qué va usted a hacer?

—Correr más que ellos.

—¿Y cómo?

—Ya lo verá usted... Y para empezar, intercepto la carta.

—¿Se la queda usted? ¿Y qué le dirá a la portera?

—No se preocupe usted. Si hacen falta veinte francos para que encuentre este escamoteo irreprochable, los tendrá en seguida.

—Perfectamente; pero, ¿y luego?

—Ya ha leído usted. Si esas señoras no reciben la carta, no sabrán nada de lo que ocurre y no se enterarán de la partida del doctor hasta que la necesidad las obligue a ir a su casa, que encontrarán cerrada. Ignorarán las precauciones que el médico ha tomado, las medidas que ha adoptado para asegurar su ausencia, y aun el nombre del amigo a quien las dirige en caso de accidente o de desastre... Esto sin contar con que no saben el sitio adonde va y nada sospechan de la promesa que pide a la madre de Rolanda; de modo que están imposibilitadas de encontrarle antes de tres meses... Y ahora, ¿comprende usted?

—Sí, pero...

—Pues bien, póngase a la altura de las circunstancias. Tenemos tres meses por delante y es menester que dentro de tres meses Rolanda sea su esposa, para lo cual apelaremos a los grandes recursos.

—¿Cuáles?

—Ya lo verá usted.

V.—¡OTRA VEZ SOLAS!

Aquella mañana, Manuela y Rolanda se encaminaban como de costumbre a Neuilly.

—Mamá, dijo Rolanda por el camino; me parece que el Sr. de l'Orme se familiariza demasiado con nosotras.

Manuela se sonrojó perpleja.

—No lo he notado..., respondió.

—Pues yo sí; ahora le ha dado por llamarme «mi amiguita».

—¡Oh, un hombre de su edad!..

—Es viejo, convengo en ello, pero hasta ahora sólo Claudio me había llamado así.

—Aun es más excusable en él que en Claudio que te trate como una niña.

—Es que Claudio tiene derecho a hacerlo, al paso que ese caballero a quien apenas conocemos...

—Es un excelente sujeto y te aseguro que te quiere.

—Me tiene muy sin cuidado su afecto.

—Lo cual no quita para que sea muy sincero.

—¿Y tú, qué sabes?

—En primer lugar, él me lo ha dicho.

—Esto, mamá, no prueba nada.

—Te aseguro..., dijo vacilando Manuela. Ha insistido de un modo que me lo ha demostrado.

—Pero, en fin, ¿qué te ha dicho?

Manuela, comprendiendo que era mejor no dejar más tiempo a Rolanda ignorante del todo de lo que ocurría, respondió:

—Pues bien, siente por ti una simpatía tan profunda que si sólo de él dependiese que fueses la esposa de su ahijado, el asunto se arreglaría en seguida... Todo dependería de ti...

—¿Qué, ser la esposa del Sr. de Queyrel? ¿Qué locura!

—No es una locura... El vizconde me lo ha dicho y repetido muy seriamente; y el día que tú quieras llamarte señora de Queyrel...

—Pero tú, mamá, ¿hablas también seriamente?, preguntó Rolanda que, habiendo empezado por tomar la cosa a broma, había acabado por ponerse grave.

—Sí, hija mía.

—¿Y qué le has contestado al Sr. de l'Orme?

—Nada positivo; pues nada podía decirle sin antes consultar contigo.

—Pues bien mamá, has...

No acabó la frase. Iba a decir «has hecho mal» pero por nada del mundo habría querido que estas palabras salieran de sus labios; así es que se reprimió en seguida.

—Has... tenido mucha paciencia dejando que ese señor divagase de tal manera.

—Es que no son divagaciones, hija mía.

—Por lo menos son fantasías que no pueden hacer más que disgustarme y ocasionarnos a ti y a mí nuevas contrariedades.

—¿Qué quieres decir?

—Yo me entiendo y tú también me entiendes. Bien sabes, añadió emocionada, que no he de casarme con el Sr. de Queyrel.

—Es un excelente joven; le gustas mucho y he de reconocer que sería para ti un buen partido.

—En esto estamos de acuerdo; tan buen partido, que sería en mí una locura y en él una tontería pensar en ello un minuto más. Por consiguiente, y al decir esto dirigió a su madre una mirada que era, a la vez, una caricia y una súplica, no hablemos más de este asunto.

—Sin embargo...

—No, no hablemos más de ello, replicó Rolanda mirándola con expresión cada vez más suplicante. Por lo demás, consulta el caso con Claudio.

—Tal vez se hallaría también perplejo si hubiese de dar un consejo así de pronto.

—¿Perplejo, Claudio? Te engañas, mamá, y hoy mismo te lo demostraré.

—¿Cómo?

—Transmitiéndote fielmente lo que Claudio me habrá contestado.

—¿Piensas ir a verle?

—En cuanto acabe las lecciones.

—Pero no te había rogado...

—¿Que le dejase solo unos días? Pues bien, ocho días hace que le dejo solo, pobre Claudio, y encuentro que es demasiado. Iré esta tarde.

En esto llegaron al colegio y no hablaron más del asunto, tanto menos cuanto que al pasar por el amplio pórtico, una muchacha, con el uniforme de doméstica del pensionado había salido a su encuentro diciéndola a Manuela que la señora de Laferté le suplicaba que pasase por su despacho.

—Pero, ¿y mi clase? Va a dar la hora...

—La señora directora ha enviado ya quien substituye a usted, y la espera.

—¿Qué me querrá?, se dijo Manuela.

Pero suponiendo que se trataba de alguna recomendación o instrucción que no admitía demora, quizás de la presentación de una nueva discípula, respondió a la doncella.

—Voy en seguida.

—Entonces, hasta luego, mamá; yo voy a comenzar mis lecciones.

—También a usted señorita quiere ver la señora directora, dijo la doméstica.

—¿Qué extraño!, murmuró Manuela intrigada. En fin, añadió con una sonrisa casi de inquietud; vamos allá, Rolanda.

Precedía al despacho de la directora una antecámara en la que trabajaba, junto a un escritorio una segunda maestra, que hacía las veces de secretaria.

—La señora de Laferté nos ha llamado, dijo Manuela abriendo la puerta.

—Sí, señora, contestó la maestra muy cortés pero muy fríamente; las espera a ustedes.

Y viendo que madre e hija se dirigían a la puerta del despacho, les dijo:

—La señora directora quiere hablar primeramente a solas con la señora Casteras y ruega a la señorita que se sirva aquí aguardar unos instantes.

La cosa se iba haciendo cada vez más misteriosa e insólita y Manuela se sentía verdaderamente turbada cuando la segunda maestra, entreabriendo la puerta del despacho anunció:

—La señora Casteras.

—Que pase, respondió una voz seca.

La señora Laferté era una mujer de cincuenta años, alta, angulosa, a la que daba un aire de gran dama el vestido de seda negro, sin más adorno que la roseta de oficial de Instrucción Pública prendida en el pecho.

—Haga usted el favor de sentarse, dijo a Manuela cuando la puerta se hubo cerrado.

—Pero, ¿qué pasa?

—Voy a decírselo a usted.

Y sin más preliminares le preguntó:

—¿Es usted viuda, señora?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Nada de rodeos para contestar a la pregunta que he formulado y que repito: ¿es usted viuda?

—No trato de eludir la respuesta; sólo sí me sorprende que se me haga esa pregunta... Hará pronto diez y siete años que formo parte del personal de la casa...

—Sin que nadie le haya preguntado esto... Tal vez no haciéndolo obró mal la señora de Richault-Darbón... Pero, en fin, yo se lo pregunto y le ruego que me conteste.

—La señora de Richault-Darbón, a quien me había recomendado muy especialmente su pariente el doctor Lecoutellier, no ignoraba que mi marido había muerto durante la campaña de México.

—De modo que es usted viuda.

—Se lo repito a usted, balbuceó Manuela, como se lo dije a ella.

—Perfectamente. En este caso tendrá un contrato, un acta, un documento cualquiera que pruebe la existencia del matrimonio.

—Pero, señora...

—¿No tiene usted nada?

—Confieso que..., viniendo del extranjero...

—No importa. ¿Su hija no nació en el extranjero?

—No, señora.

—Nació en París, ¿no es verdad?

—Sí, en París.

—Entonces nada más fácil que obtener su acta de nacimiento.

—Seguramente, respondió con voz oprimida la desgraciada Manuela, que, al oír las últimas palabras de la señora de Laferté se había puesto lívida.

—Pues me hará usted un señalado favor trayéndomela hoy mismo.

—¿Pero por qué quiere ver usted ese documento?

—Para saber, respondió la directora con aire digno, si es cierto, como me afirman, que la señorita Rolanda Casteras está inscrita en él como hija de padre desconocido.

—Pero, ¿quién rebusca así en mi vida privada?, expresó desesperadamente Manuela.

—Alguien que a ello tiene derecho; puesto que los padres que nos confían a sus hijas tienen el derecho de saber en qué manos las ponemos, y también el derecho, y aun diré el deber de alarmarse cuando se enteran de que esas manos no son irreprochables.

Y al ver que Manuela enmudecía y se ponía trémula, desatinada, añadió:

—¡Ea, señora! ¡Fuera caretas! Durante muchos años ha abusado usted indignamente de la confian-

za de mi excelente antecesora; pero no hay comedia, por bien que se represente, que no tenga su término. La institución Laferté no es un refugio para mujeres irregulares ni un asilo para sus hijas..., más irregulares todavía.

—Señora, le declaro solemnemente...

—No le pido declaraciones solemnes. ¿Puede usted negar lo que acabo de afirmarle?

—Puedo explicárselo, y entonces usted verá...

—Tampoco le pido explicaciones, sino una respuesta categórica. ¿Es o no cierto lo que he dicho? Manuela bajó la cabeza.

—Comprendo, dijo la señora de Laferté, y no cometeré la crueldad de insistir... Han cobrado usted y su hija sus sueldos hace diez días, añadió mirando un pliego de papel que tenía encima de la mesa. Se les deben, pues, diez días.

Contó unas monedas y dándoselas a Manuela junto con el papel que había consultado, le dijo:

—Vea usted si está bien.

—¡Esto quiere decir!..., exclamó desesperadamente la pobre mujer.

—Que desde este momento usted y su hija dejan de formar parte de mi personal... Y ahora, añadió, levantándose, como ya nada más hemos de hablar y tengo tasado mi tiempo...

Manuela dirigióse a la puerta casi tambaleándose.

—Olvida usted llevarse lo que es suyo, díjole la directora.

Manuela tomó maquinalmente las monedas de encima la mesa y salió del despacho.

—¡Mamá!, exclamó Rolanda al verla. ¿Qué te pasa? Estás muy pálida.

—No es nada; ven, hija mía.

—¿No quería hablarme la señora de Laferté?

—No, no tiene nada que decirte. Vámonos.

¡Qué horrible regreso a su casa! Manuela, en pocas palabras, entrecortadas, febriles, locas, había puesto a Rolanda al corriente de lo sucedido que era una espantosa catástrofe.

—Entonces es que nos han denunciado, exclamó la joven tan aterrada como su madre.

—Así lo supongo.

—Pero, ¿quién?

—Ha hablado de padres de familia...

—¿Quién nos conoce? ¿Quién se ocupa en nosotras para hacernos daño, a nosotras que a nadie se lo hemos hecho y que no conocemos a nadie?

—Si será también...

Y a las dos se les ocurrió el mismo nombre:

—¡El barón de Lorgerac! Sí, sólo él. ¿Quién sino él puede así encarnizarse como por gusto?

—¡Ah!, exclamó Rolanda sin vacilar. Claudio nos salvará.

Y estrechando apasionadamente las manos de su madre, añadió:

—Mamá, mamá querida; ya hemos llegado a casa. Sube y espérame con paciencia. Sobre todo no te desconsueles ni te desanimes, mientras yo voy a ver a Claudio; ya sabes que él nos salvará, como nos salvó otra vez, como nos salvará siempre... Mira, yo no estoy apenada ni siento miedo; conozco su carácter, su abnegación y su energía... Ten, pues, confianza, mamá adorada, y hasta luego.

Había tanta convicción, tanta fe en el alma de la animosa joven que Manuela se sintió algo confortada y casi esperaba con paciencia el regreso de su hija cuando sonó un violento campanillazo que la sobresaltó.

—¡Diantre! Van a echar la casa abajo, gritaba Octavia mientras iba a abrir la puerta. ¡Vaya un estrépito, señorita!, añadió al reconocer a Rolanda.

Pero ni siquiera obtuvo respuesta. Rolanda entró precipitadamente en el cuarto de su madre y cerrando con violencia la puerta para que nadie las oyese, exclamó:

—¡Mamá, Claudio ha partido!

—¿Para dónde?

—No lo sé.

—¿No te lo ha dicho Rosalía?

—Rosalía también está fuera. ¡No hay nadie!

—Será que habrán salido...

—No, mamá, se han marchado de París.

—Pero, ¿y la casa?

—Está cerrada.

—¿Y cómo lo sabes, si no te han abierto y no te han contestado?

—Al ver que llamaba inútilmente, he preguntado al portero del lado y me ha dicho que hace dos días Claudio se ha ido de viaje.

—¿Llevándose a Rosalía?

—No, Rosalía se ha ido a su tierra, al Jura, pero el portero no ha sabido decirme el nombre del pueblo y yo tampoco lo recuerdo.

—Rosalía poco importa, pero, ¿y Claudio?

—El portero no sabe adónde ha ido.

—No es posible.

—Sin embargo así me lo ha dicho; y te aseguro que se ha apesadumbrado al verme tan inquieta, tan trastornada.

—Pero un hombre como Claudio no se va sin decir adónde por poco que haya de durar su ausencia.

—No volverá hasta dentro de tres meses.

—Razón de más.

—El portero me ha explicado que se trata de un viaje para hacer ciertos experimentos y que ni el mismo Claudio sabía adónde sus experimentos le obligarían a ir; pero que de todos modos ya no está en Francia, puesto que se embarcó en el Havre ayer por la mañana, y que nadie en el mundo, lo oyes bien, puede ahora comunicarse con él.

—Pero su correspondencia...

—Ha dicho que se la guardasen hasta su vuelta.

—¿Y para nosotras no ha dejado nada?

—¡Nada!

—¡Ah, Dios mío, Dios mío!

—Es espantoso, ¿verdad?

—¿Y qué haremos ahora?

—¡Qué sé yo!

—¡Y esperar tres meses, tres meses!

—¡Es horrible!

—¿A quién pedir consejo?

—No conocemos a nadie.

—Sí, hay alguien...

—¡Ah, ya sé a quién te referes! No, mamá, no pronuncies su nombre. Tendremos paciencia; pasaremos este tiempo como podamos. Por fortuna no necesitábamos el sueldo de Neuilly para atender a las necesidades del mañana.

—No, hija mía; a lo menos por esta prueba no hemos pasado. Mi pequeño peculio nos asegura la vida material.

—Entonces, mamá, tengamos paciencia, te lo ruego; y mientras esperamos el regreso de Claudio, no demos publicidad a nuestro pesar.

Y las dos pobres mujeres uniéronse en un abrazo desolado. Nuevamente estaban solas en esa inmensidad, en ese hormigueo..., en ese desierto de París.

VI.—OTRO AMIGO

Cuando por la tarde el vizconde de l'Orme y su ahijado llegaron, como de costumbre a casa de Manuela, Octavia les abrió la puerta y los acompañó al saloncito en donde todo estaba dispuesto al igual que los demás días. Casi en seguida se presentó Manuela, algo nerviosa, quizás un tanto febril, según pudo apreciar el vizconde al darle la mano, pero con su sonrisa de siempre, con su afabilidad habitual, en una palabra, con una evidente voluntad de reserva que hizo pensar a Delorme: «Veo que quieres guardarte tus preocupaciones para ti sola y no confiarlas a este buen soldado del Papa; pero este soldado quiere que le hagas tus confidencias para luego darte él sus prudentes consejos... Y será preciso que se lo cuentes todo..., y en seguida.»

Pasó la lección como de costumbre sin incidentes, sin interrupción, hasta el momento en que Ludovico se levantó para despedirse de Manuela.

—Ahora sube al taller y espérame, díjole el vizconde. Tengo que hablar con doña Manuela.

Y añadió, para tranquilizar a ésta y explicar la cosa a su tímido ahijado:

—Es cuestión de unos minutos; sólo he de decirle dos palabras.

Ludovico fué discretamente y de prisa; cuando estuvieron solos, el vizconde dirigiéndose a Manuela, le dijo:

—Perdone usted, señora, la libertad que me he tomado y que es sobre todo una viva impaciencia por saber...

Al formular esta pregunta indirecta pareció ver tanta irresolución, tanta angustia en la mirada de la madre de Rolanda, que pensó: «No es fácil todavía decir sí o no; y ahora que el consejero ha huído como una sombra, no sabemos adónde vamos ni como acabará la aventura.»

Y prosiguió con su aire paternal de viejo hidalgo provinciano:

—Sí, una viva impaciencia para saber si podemos esperar... ¡Oh, sólo una esperanza por pequeña que sea!

Manuela, buscando una respuesta, sólo supo contestar:

—Caballero, estoy en extremo perpleja... Precisamente hállase ausente una persona sin cuyo consejo mi hija no tomará una resolución...

—¿Y estará mucho tiempo fuera?

—Lo menos tres meses.

(Se continuará.)

SAN SEBASTIÁN.—EL NUEVO TEATRO VICTORIA EUGENIA. (Fotografías de Frederic.)

El magnífico Teatro Victoria Eugenia recientemente terminado en San Sebastián, álzase en la Zurriola. Su fachada principal, con tres amplias puertas y grandes ventanales, da al mar y la adornan, esculpidos en sendos medallones, los bustos del conde de Peñaflores, uno de los primeros que sentaron los jalones del teatro vasco; de Gayarre, el tenor sin par; del maestro Eslava y de los compositores Gatzambide, Arriaga y Santesteban, y grupos escultóricos que representan la *Tragedia*, la *Música*, la *Danza* y la *Comedia*. Las otras tres fachadas tienen también puertas de acceso y de servicio.

A la grandiosidad, elegancia y esbeltez exteriores del edificio, corresponde la magnificencia del interior. El vestíbulo, al que se llega por las tres puertas de la fachada principal, es espacioso y está hermosamente decorado; a él dan también las puertas del restaurán y de él arranca una escalera de mármol blanco, en uno de cuyos descansos se admira un bellissimo tríp-

las terrazas que miran al mar, guardarropas y demás dependencias. El anfiteatro es grande y hermoso y

El techo de la sala es una magnífica obra de arte del artista donostiarra Ignacio Ugarte. En el grupo principal se ve al Sol, en un carro alegórico arrastrado por tres caballos, ahuyentando con su presencia a la Noche; un enjambre de niños tiende sus bracitos al astro rey. En los grupos laterales están representados los crepúsculos matutino y vespertino. Completan la composición las vistas del Gran Casino y de Igueldo y el retrato del arquitecto Sr. Urcola, autor del proyecto del teatro.

El escenario es verdaderamente soberbio; su anchura útil, de muro a muro, es de 22 metros, que en la boca quedan reducidos a 12, y su profundidad, de 11. Está completamente aislado de la sala no sólo por los muros, sino también por un telón metálico y por otro de los llamados de agua. Hay foso y contrafoso de considerable altura, a cada lado cinco carros o cajas y a derecha e izquierda dos pisos de telares; la altura desde el piso del escenario al peine es de 17 metros.



Vista exterior del nuevo Teatro Victoria Eugenia, obra del arquitecto Sr. Urcola



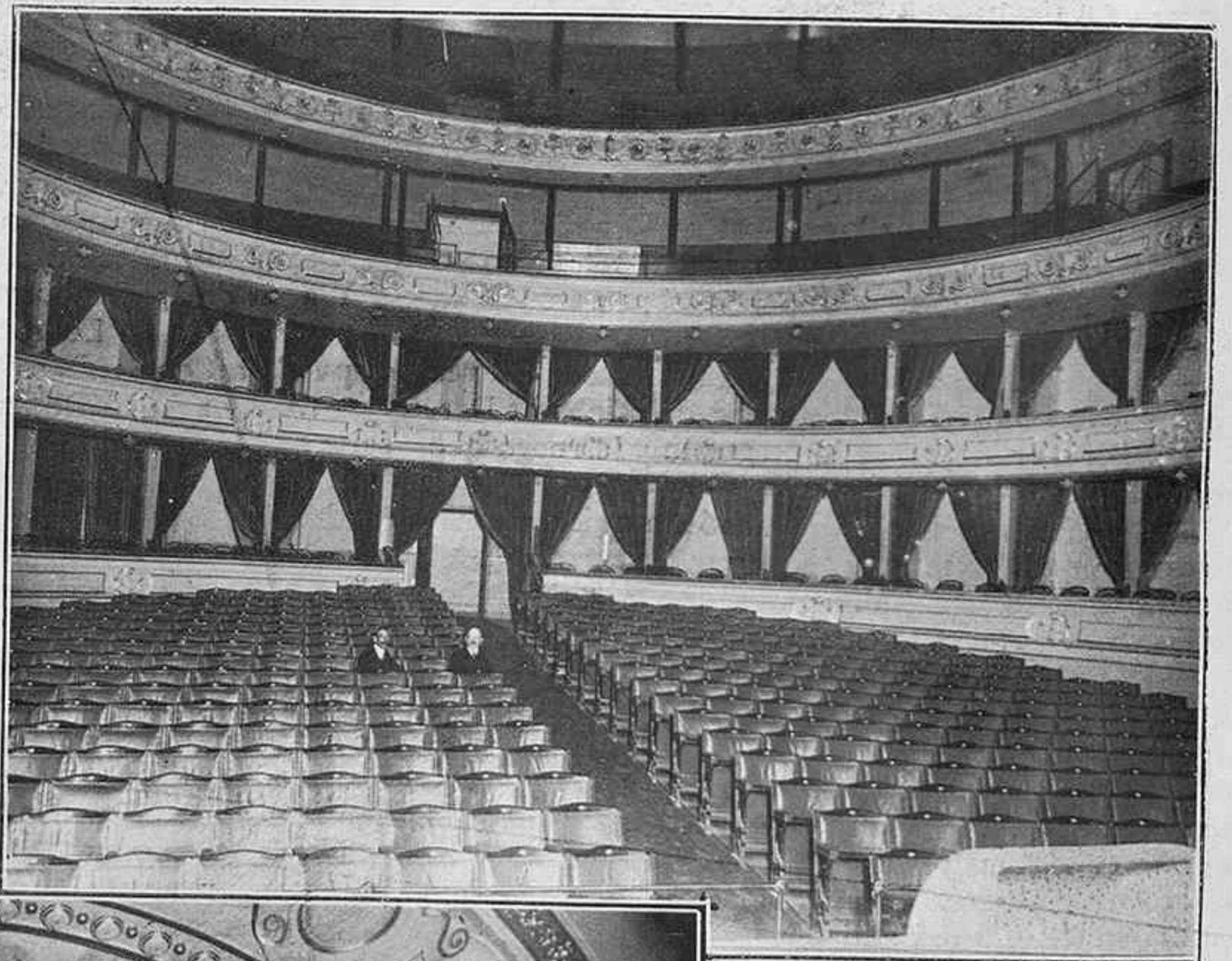
La escalera principal

tico debido al pincel del joven artista donostiarra Asensio Martiarena y en el que están representados el *Recitado*, la *Danza* y la *Música*.

La sala es amplia, lujosa y elegante; consta de 374 butacas distribuidas en 17 filas; 16 palcos platea, dos proscenios bajos, 19 palcos principales y dos proscenios, anfiteatro y galería. Los palcos de platea tienen sus correspondientes antepalcos; de los principales, el del centro, mayor que los otros, está destinado al Ayuntamiento y el proscenio de la derecha a la Real familia. Este último tiene entrada independiente, anteproscenio, tocador y saloncito de descanso y está ricamente amueblado. En el mismo piso hay un magnífico fo-

Techo de la sala pintado por D. Ignacio Ugarte

cena desde todas partes. En ambos pisos hay guardarropas, salones de fumar, bar, etc.



La sala

El alumbrado eléctrico de la escena es maravilloso; está dotado de todos los adelantos de la escenografía y permite establecer todas las tonalidades de luz imaginables.

Los cuartos de los artistas son grandes y cómodos; todos tienen ventanas al exterior, lavabo con agua corriente, calefacción de vapor y los muebles necesarios. En esta parte del teatro hay, además, un salón de guardarropía, otro para pintar decoraciones, sala de ensayos y otras dependencias.

El teatro ocupa un área de 2.400 metros cuadrados. es de estilo Renacimiento español, empezó a construirse en 15 de abril de 1910 y ha costado más de un millón de pesetas.

Ha inaugurado el Teatro Victoria Eugenia la compañía Guerrero-Mendoza, que ha dado en él doce funciones desde el 20 al 31 del mes próximo pasado.—T.



VALENCIA.—LOS JUEGOS FLORALES DE «LO RAT PENAT»

El día 26 del pasado julio celebróse en el Teatro Principal de Valencia la fiesta de los Juegos Florales organizados por la sociedad literaria «Lo Rat Penat» y a la que asistió numerosa y escogida concurrencia, que llenaba todas las localidades del coliseo.

Comenzado el acto, el secretario del Consistorio leyó el fallo, resultando premiado con la Flor natural el poeta catalán D. Ramón Masifern por su poesta *Cant a la costa levantina*. El Sr. Masifern, acompañado de una comisión, se dirigió a un palco, en donde se hallaba la reina de la fiesta, la hermosa señorita doña Teresita Dicenta, que vestía elegantísimo traje blanco, y la condujo hasta el trono entre los aplausos y vítores del público.

El presidente de «Lo Rat Penat»

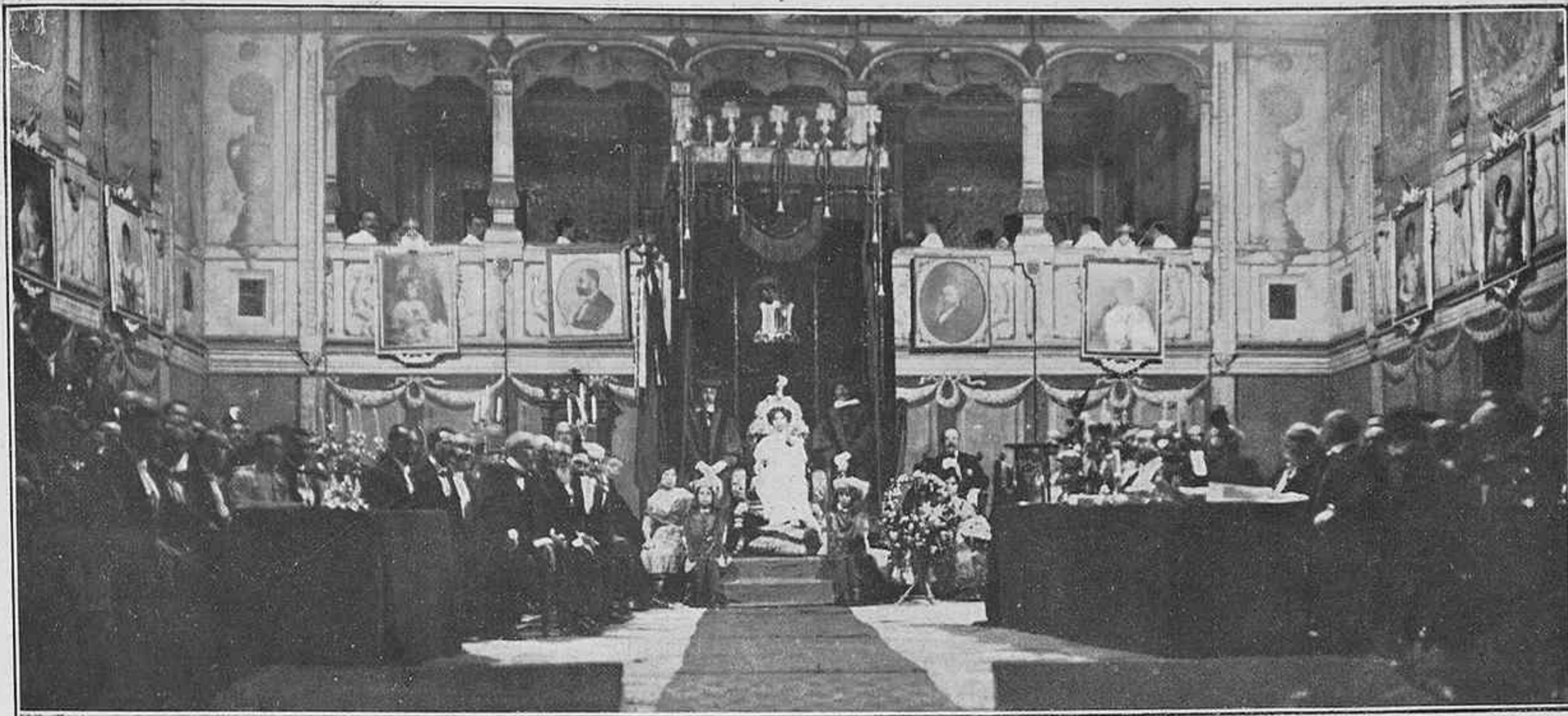
pronunció un elocuente discurso ensalzando la belleza de la reina, entonando un himno a la patria valenciana, afirmando su amor a España y haciendo un estudio sobre lo que son y lo que han de ser los Juegos Florales.

A continuación, el diputado provincial Sr. Guillén Eugo leyó la poesta del Sr. Masifern y luego fueron proclamados los nombres de los demás poetas y prosistas premiados; entre

Barcelona, Zapater, Genovés y Miró, a quien se adjudicó el premio del obispo de Barcelona; entre los segundos mencio-

Martínez, cabo del regimiento de Tetuán agregado al de Mallorca, a quien el público tributó una ovación cuando se presentó a recoger el premio y que fue llamado a su palco por el capitán general, que le felicitó, le animó a que siguiera escribiendo y le ofreció su protección.

El mantenedor D. Rafael Altamira pronunció un brillante discurso señalando la decadencia de los Juegos Florales y la necesidad del renacimiento de la poesía para la vida nacional, enalteciendo a los que sienten confianza en sí mismos, loando a la juventud entusiasta, explicando la misión de la esposa y de la madre en el hogar y afirmando que el día en que se haya creado un pueblo que cante la poesía de la vida por encima de todas las pequeñeces de la existen-



Vista del estrado presidencial durante la celebración de la fiesta. (De fotografía de José M.ª Cabedo.)

haremos a los novelistas Sres. Morales San Martín y Crespo y a los historiadores Sres. Eduardo Genovés, José Sanchiz,

cia, los Juegos Florales realizarán su verdadera misión, tendrán su debida importancia y reanudarán su interrumpida historia.

Terminó el acto con sentidas frases del alcalde dedicadas a la reina de la fiesta y a la sociedad literaria «Lo Rat Penat».

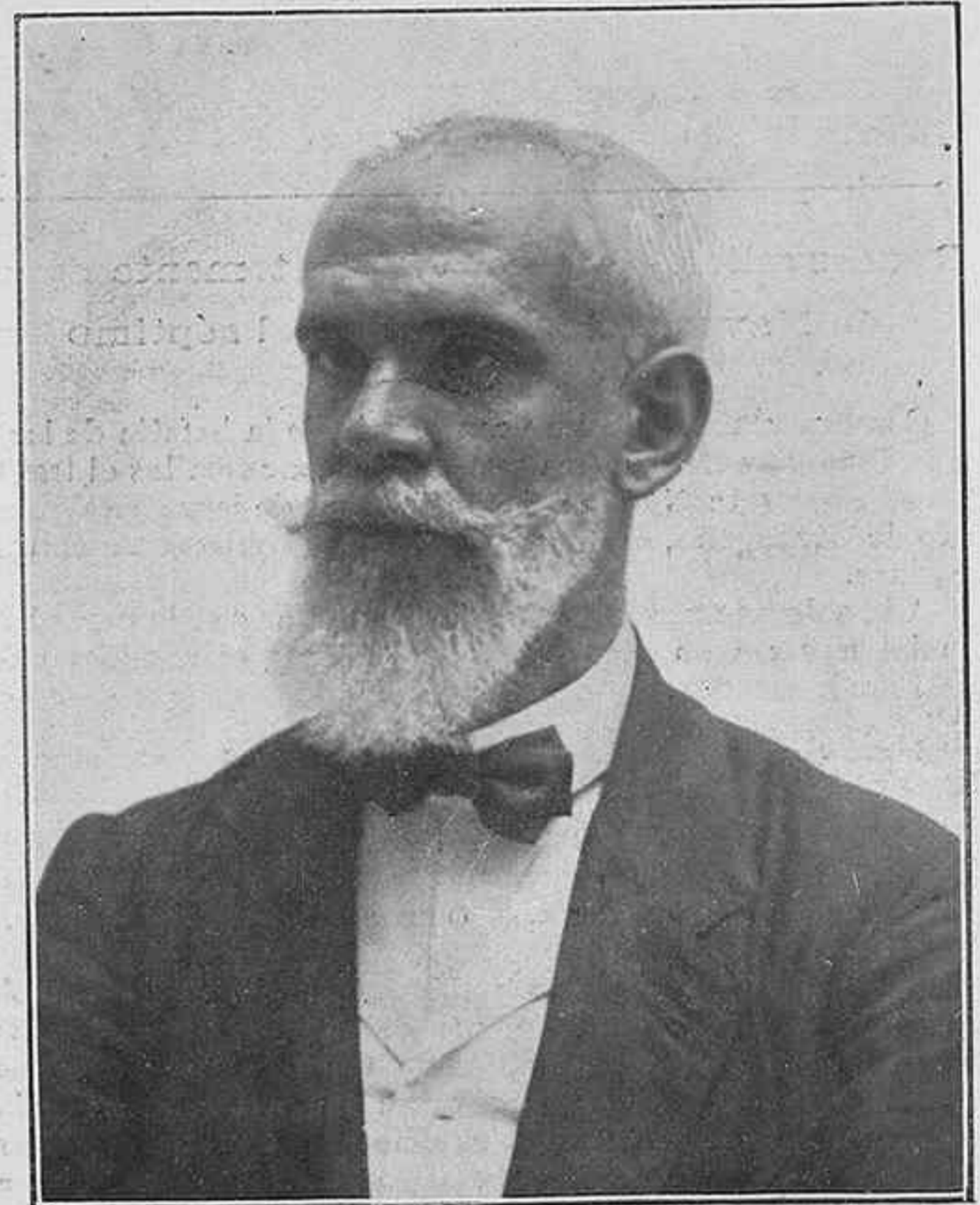
Todos los discursos así como los trabajos premiados fueron



D. Ramón Masifern, premiado con la Flor natural



Srta. D.ª Teresita Dicenta, reina de la fiesta (De fotografías de V. Barberá Masip.)



D. Rafael Altamira, mantenedor

los primeros citaremos a los Sres. Comes, Bonet y Alcántarilla, Mustieles, que obtuvo el premio del Ayuntamiento de

Rdo. P. Luis Fullana, Ramón Huguet y Salvador Beneyto. Entre los autores premiados figuró también D. José Vilar

acogidos con grandes aplausos, en particular el del Sr. Altamira, tan hermoso por su fondo como por su forma. — S.

CITRATO EFERVESCENTE "KING"
 LA PRIMERA MAGNESIA DEL MUNDO
 SU VENTA EN ESPAÑA PASA DE 300000 FRASCOS ANUALES
 ESTE ES EL MEJOR ARGUMENTO
 Agente exclusivo: EDUARDO SOLA—Salón de San Juan, 125—Barcelona

AVISO A LAS SEÑORAS
 EL APÍOL DE LOS JORET-HOMOLLE
 CURA LOS DOLORES, REÍARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 F.ª G. SÉGUIN — PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

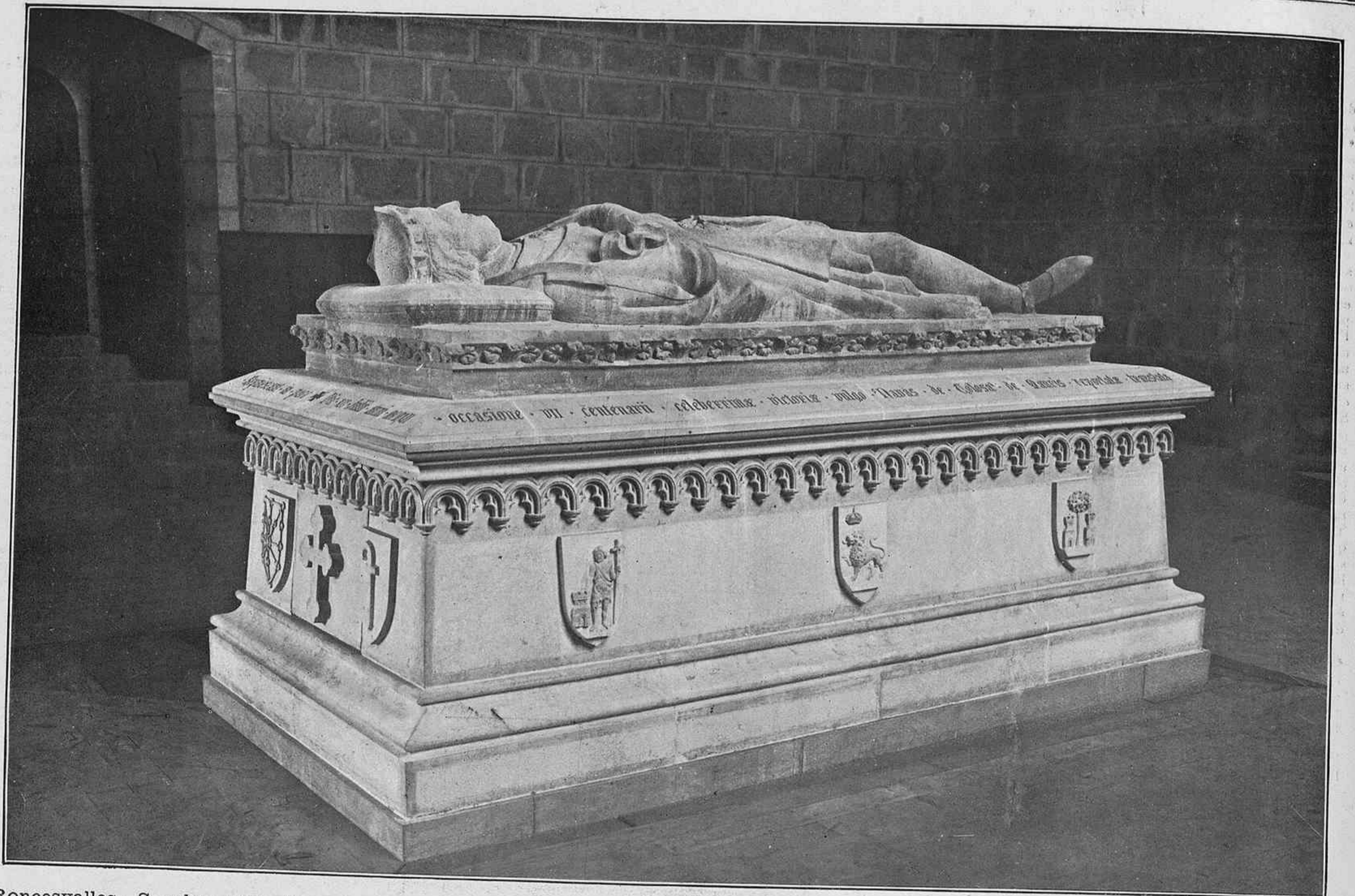
Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Glíptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda a todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. — Se vende en 8 tomos lujosamente encuadernados al precio de 490 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
 El mas activo y economico, el unico Inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSER**, 4, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



Roncesvalles.—Sepulcro recientemente construido en la Colegiata y en el cual han sido depositados los restos del rey D. Sancho el Fuerte, de Navarra, con ocasión del séptimo centenario de la batalla de las Navas de Tolosa celebrado en Pamplona. (De fotografía de F. Moya.)

Con ocasión del séptimo centenario de la batalla de las Navas de Tolosa, se ha efectuado en la Colegiata de Nuestra Señora de Roncesvalles el traslado de los restos del rey D. Sancho el Fuerte de Navarra desde la urna de jaspe en que descansaban en el presbiterio, al lado del Evangelio, al nuevo sepulcro recientemente construido que el adjunto grabado reproduce.

A la solemne ceremonia y a los funerales que la precedieron asistieron la Diputación provincial navarra en pleno, las autoridades, el arzobispo de Zaragoza, los obispos de Jaca,

Huesca, Teruel, Barbastro, Orense, Oviedo y Pamplona, el general Cirujeda, el marqués del Vadillo, D. Tesifonte Gallego, varios senadores y diputados y comisiones del ejército.

Abierta la urna que contenía el cadáver del rey D. Sancho, los restos fueron cuidadosamente encerrados en un ataúd de roble tallado y procesionalmente conducidos al nuevo sepulcro, en donde quedaron definitivamente depositados.

Las representaciones oficiales firmaron un acta y el obispo de Pamplona dirigió una senda plática a los concurrentes.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES O EDITORES

LA CUESTIÓN SOCIAL, por *Marcelino Graell*. — Notable conferencia dada en el Fomento del Trabajo Nacional, en la que el distinguido economista Sr. Graell estudió con gran competencia los problemas que constituyen la cuestión social o que con él se relacionan, tales como las formas de gobierno, la cultura, los obreros del campo y de la ciudad, la beneficencia, las subsistencias, el impuesto de consumos, el saneamiento de la moneda, el aumento del jornal, las bolsas y oficinas de trabajo, etc. Un folleto de 68 páginas impreso en Barcelona en la imprenta Bayer.

ALBUM DE MINERVA. FIESTAS ESCOLARES DE 1902 EN GUATEMALA. — Por decreto del presidente de la República de Guatemala instituyóse en 1899 una fiesta anual consagrada a ensalzar la educación de la juventud. Esta fiesta viene celebrándose, desde entonces, todos los años con gran solemnidad y en ella nos hemos ocupado alguna vez en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Para conmemorar la de 1902 publicóse un magnífico álbum que contiene trabajos de los hombres más eminentes de América y de Europa y numerosos e interesantísimos grabados y que forman un tomo de 162 páginas impreso en la Imprenta Nacional de Guatemala.

ESPECIES, por *D. Francisco González Díaz*. — Este distinguido escritor canario ha publicado un elegante volumen que

contiene un conjunto de observaciones respecto de tipos muy bien observados y de impresiones hondamente sentidas, expuestos todos y cada uno de los capítulos en forma correcta y fácil, que atestigua las cualidades de nuestro querido amigo, el autor del libro a que nos referimos. Un tomo de 320 páginas impreso en Las Palmas.

FULLES ESCAMPADES, por *J. Ayné Rabell*. — Acaba de publicarse, formando un elegante volumen de poesías catalanas e ilustrado con el retrato del autor, una colección de sentidas composiciones, que acreditan una vez más las cualidades estimables del poeta. Forma el libro un volumen de más de 200 páginas y véndese en todas las librerías al precio de 2 pesetas.

Data de 1849
 París
PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOSES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 Casa CANDES
 B-St-Denis, 16

PARA CURAR SIN MOLESTIA
 CALLOS Y DUREZAS
CALICIDA
ESCRIVÁ
 ES EL
 ÚNICO REMEDIO DE ÉXITO SEGURO

FÁBULAS DE LA-FONTAINE

Nueva traducción debida á **D. Teodoro Llorente**, ilustrada con notables dibujos intercalados en el texto y láminas tiradas aparte, originales de **Gustavo Doré**. — Esta notable edición en un tomo casi folio, ricamente encuadernado con tapas alegóricas, se vende al precio de 35 pesetas en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

DICCIONARIO
 de las lenguas española y francesa
 por **NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA**
 Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas
 MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

Reino de Sajonia.
Technikum Mittweida.
 Director: Profesor A. Holtz.
 Escuela superior técnica p. la enseñanza de electrotécnica y construcción de máquinas.
 Secciones espec. p. ingenieros y técnicos.
 Laboratorios electrotécnicos y mecánicos.
 Talleres para la instrucción práctica.
 Mayor frecuencia anual 3610 estudiantes.
 Programa etc. gratis de la secretaria.